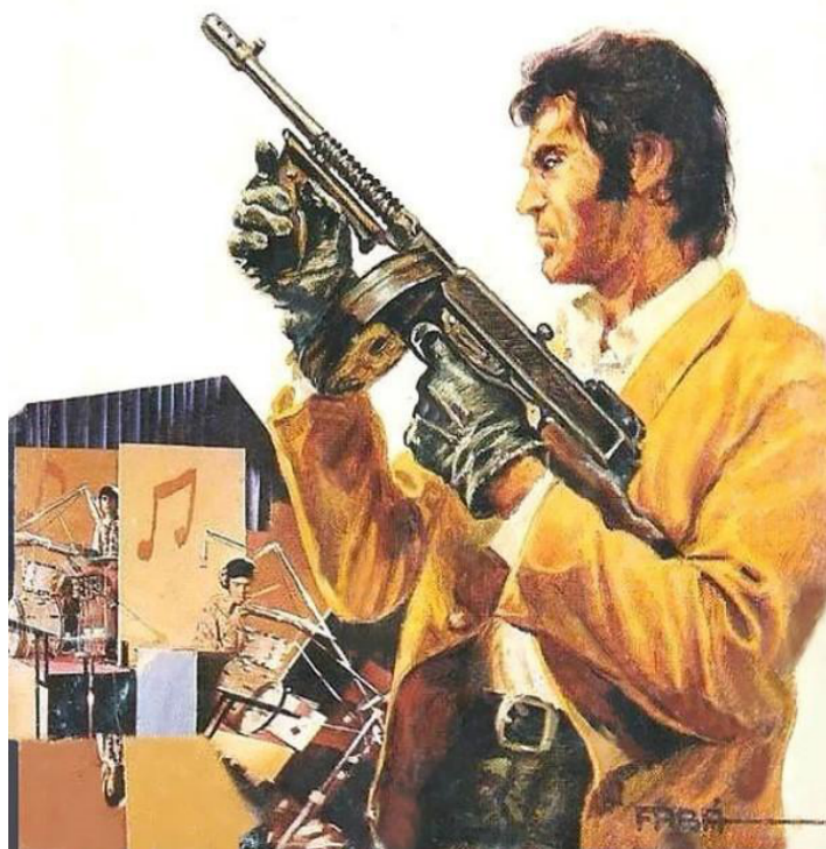


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LOS MERCENARIOS NO SE JUBILAN

Burton Hare





PUNTO ROJO



BURTON HARE

LOS MERCENARIOS NO SE JUBILAN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.080
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 38.252 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1983

1ª edición en América: julio, 1983

© Burton Hare - 1983

texto

© Fabá - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Ella se dirigía al café Doney procedente de la Puerta Pinciana. Caminaba airosamente, imprimiendo un suave movimiento de rotación a sus caderas. Muchas cabezas se volvían a mirarla.

Guy Marlowe la vio desde su mesa y enarcó una ceja. Era una muchacha de extremada belleza y cabellos muy rubios. Sus largas piernas se movían con la seguridad de sus veinticinco años o poco menos.

La siguió con la mirada hasta que la vio acomodarse en una mesa no lejos de la suya. Tan pronto lo hubo hecho, la hermosa joven consultó su reloj de pulsera y paseó la mirada alrededor.

Marlowe suspiró. Había conocido infinidad de muchachas a lo largo de su agitada vida. Mujeres de todas las formas y colores, sin que ninguna de ellas hubiera dejado una huella demasiado profunda en su corazón; pero reconoció para sus adentros que aquella criatura que daba muestras de una cierta impaciencia hubiera sido capaz por sí sola de cambiar muchas cosas en su ajetreada vida.

Un camarero se acercó a la mujer, pero ella le despidió, seguramente diciéndole que esperaba a alguien.

Guy Marlowe no esperaba a nadie. Se encontraba en Roma como hubiera podido hallarse en esos momentos en Tombuctú, pongamos por caso. Quizá la única razón de su presencia en la Ciudad Eterna era debido a la primavera, a cierto cansancio y a un duro ataque de romanticismo que le inquietaba en los últimos tiempos.

Quizá, profundizando, se habría podido descubrir otra razón de peso, una razón personalizada por las autoridades militares de cierto país sudamericano.

De todos modos, Guy Marlowe se aburría. Por eso la presencia de la bella rubia atrajo su atención de inmediato.

Y en aquel momento vio al otro personaje y dio un respingo.

Era un hombre de casi cuarenta años, cuadrado y de apariencia tan dura como una mole de granito. Su corto cuello de toro sostenía una cabeza más bien pequeña en comparación con el resto de su cuerpo. Andaba pisando tan fuerte como si marcara el paso, y Marlowe se disponía a llamarlo cuando le vio detenerse junto a la mesa de la muchacha y hablar con ella afablemente. Luego, el gigante acercó una silla y se sentó.

Guy Marlowe sonrió. La sensación de aburrimiento sé esfumó como por ensalmo. Levantándose, sorteó las mesas acercándose a la pareja.

—¿Qué infiernos haces en Roma, Gastón? —exclamó.

El gigantesco individuo dio un salto fuera de la silla y se volvió con la velocidad del rayo, tan agresivo como una pantera. Sólo cuando conoció a Guy relajó los poderosos músculos y sonrió con toda la boca.

—¡Guy! —rugió—. ¡Guy Marlowe en persona!

En un instante se abrazaron y después el gigante le apartó para mirarle de arriba abajo.

—¡Muchacho! Me dijeron que te habían ahorcado después de aquello de Colombia...

—No encontraron ninguna cuerda lo suficientemente fuerte para mí. ¿Quién es tu amiguita?

El gran Gastón Venaire se volvió como si fuera la primera vez que veía a la bella muchacha. Una amplia sonrisa se extendió por toda su cara.

—Te gusta, ¿eh? —cacareó—. Siempre fuiste un lince con las mujeres... Se llama Lois y la conocí anoche. Éste es Guy Marlowe, pequeña —añadió señalándole—. El tipo menos recomendable con que puedes tropezar en tu vida. Siéntate, viejo...

Marlowe tomó asiento frente a la muchacha, quien le dedicó una sonrisa de bienvenida.

Un camarero se materializó junto a la mesa. Ella habló por primera vez.

—Yo quiero un *Strega* —dijo al camarero—. Nunca probé el *Strega* y alguien me dijo que era una bebida muy buena y romántica.

—¿Por qué romántica? —bufó Gastón. Y gruñó—: Tráigame un *whisky* para mí..., que sea doble.

—Otro para mí —indicó Guy.

Notó fijos en él los ojos de Lois y la miró. Era una belleza de labios rojos y sensuales, rostro de piel dorada por el sol y grandes ojos relucientes y profundos, inquisitivos.

Gastón se inclinó hacia él y preguntó:

—¿En qué andas metido ahora, Guy?

—En nada.

—No te creo. Tú siempre estás metido en un lío u otro.

—No esta vez. Me vine a Roma como podía haberme dirigido a Londres o París...

Esa respuesta pareció preocupar al gigante durante unos segundos.

Marlowe le dijo a la chica:

—¿Y usted, viaja en plan de turismo?

—Ahora sí. Pero yo vine a Roma para escribir unos artículos para una cadena de revistas femeninas de Estados Unidos. Terminé mi trabajo y decidí quedarme aquí un par de semanas por mi cuenta... Adoro esta ciudad.

—Puedo comprenderla. A mí también me gusta.

—¿De qué estáis hablando? —terció Gastón.

—De Roma.

—¿Eh?

—De Roma —repitió Marlowe—. Es una ciudad romántica y llena de historia.

—¿Desde cuándo te interesa la historia, muchacho?

—Olvídalo. Todavía sigo preguntándome qué estás haciendo tú aquí. Eres el último de los viejos camaradas del grupo que hubiese esperado hallar en Roma.

Gastón frunció el ceño.

—Ya hablaremos de eso. Creo que ha sido providencial encontrarte, Guy...

—¿Por qué?

—Tengo un negocio fabuloso en el bolsillo..., aunque no es éste el momento de hablar de ello.

Dirigió una rápida mirada a Lois. Ésta exclamó:

—Si estorbo, puedo irme a dar un paseo. Roma está llena de hombres apasionados que no le harían ascos a una muchacha americana desamparada.

—Son una gente muy celosa —rió Marlowe—. Es preferible que confíe sólo en sus compatriotas. Yo soy su compatriota, por si no lo ha advertido.

Ella rió, Gastón rugió:

—¡Eh, bastardo! No olvides que ella vino conmigo.

—¿Y qué con eso?

Lois susurró:

—Me encantaría una pelea de dos colosos como ustedes. Una pelea por mi posesión, quiero decir...

Gastón juró entre dientes.

—Olvídalo, preciosa. No me pelearía con este tipo ni por una docena de chicas. Le debo dos veces la vida... y es el bastardo más duro que tropecé en mi vida. Jamás pelea limpio...

—Respecto a ese particular, tú no tienes nada que envidiarme —rió Guy.

—Tú fuiste mi maestro, si no recuerdo mal. Cuando lo de Argelia eras un crío y ya...

—Aquello quedó atrás —le interrumpió Guy con cierta sequedad—. Ahora se trata de ver cuál de los dos se queda con Lois para enseñarle Roma. Yo soy un magnífico cicerone... —¡Tú eres un maldito embrollón! A la chica la descubrí yo.

Lois exclamó riendo:

—Aún tengo la esperanza de una buena pelea.

—Te la cambio por ese negocio que me ofrecías —dijo Marlowe.

—Eso es demasiado serio para jugar con ello. Se trata de ciento cincuenta mil dólares. Marlowe se enderezó de repente.

—¿Qué has dicho?

—Sabía que te interesaría.

Gruñó entre dientes:

—¡Maldita sea! A pesar de la montaña de dólares, me quedo con la chica.

Gastón se echó hacia atrás para permitir al camarero que depositara las bebidas sobre la mesa.

—Espera un minuto y...

Calló cuando el mozo dejó el *whisky* ante él. En unos segundos hubo vaciado el vaso y suspiró lleno de felicidad.

—Ahora me siento mucho mejor.

Lois probó el *Strega*.

—Es muy bueno —exclamó.

Marlowe se contentó con mirarla, recreándose en la contemplación de su hermoso rostro.

Gastón refunfuñó entre dientes. Después, comenzó a registrarse los bolsillos.

—Lo olvidé —dijo.

—¿Qué?

—El cigarro.

—Vete al demonio.

—En serio..., me acostumbré a fumar puros cuando estuve en Cuba... hace algún tiempo —terminó evasivamente.

—Sí, ya sé.

—Tú no sabes ni una maldita palabra de eso, hurón. Llevábamos más de dos años sin vernos cuando lo de Cuba, y tú no estuviste allí.

—Pero alguien me habló de ti en relación con ese asunto de Cuba. Creo que no lo pasaste nada bien, ¿eh?

—Bueno, lo peor fue que no saqué ni un centavo. Y ahora daría cualquier cosa por un buen cigarro.

Se levantó.

Lois encendió un cigarrillo y comentó:

—La mitad de las cosas de que hablan me suenan a acertijo. ¿Alguien puede aclararme qué clase de hombres son ustedes dos?

—Es un poco complicado de explicar —empezó Marlowe—. Voy a comprar un cigarro —dijo Gastón obstinadamente.

—Si es posible, olvídate de volver.

—Que te crees tú eso, camarada...

Empezó a sortear las mesas. En aquel momento el farol que había a la izquierda de la puerta saltó en pedazos con un estrépito de vidrios rotos. Hubo unos instantes de desconcierto entre la densa concurrencia de la terraza.

Marlowe gritó:

—¡Cuidado, Gastón!

El gigante no necesitó otra advertencia. Dio un salto y se zambulló de cabeza entre las mesas y los clientes. Algo duro arrancó el estuco de la pared, bajo el farol roto, y luego aulló al rebotar.

Marlowe saltó fuera de la silla y corrió agazapado hacia el borde de la acera. El espeso tráfico de la Vía Véneto discurría con relativa

lentitud. Los coches de todas las marcas se apretujaban unos a otros como una larga serpiente.

Marlowe trató de descubrir desde qué auto estaban disparando con un arma provista de silenciador. No lo consiguió porque ya no hubo más disparos y los coches estaban tan amontonados que era imposible ver en cuál de ellos acechaban los pistoleros.

Retrocedió y sólo entonces advirtió el desbarajuste y la confusión que se habían desatado en la terraza. Las gentes corrían en todas direcciones, volcando las mesitas y las sillas, pisoteándose y empujándose unos a otros.

En contraste. Lois continuaba sentada en su sitio, firmemente agarrada a la mesa, contemplando con asombro aquella estampida.

De Gastón no se veía ni rastro.

Marlowe corrió hacia la muchacha.

—¿Dónde está? —rugió.

—¿Su amigo? La última vez que le vi lo estaba pasando muy mal, arrollado por la estampida.

—¡Malditos hijos de perra! —tronó de pronto la voz del gigante.

Estaba levantándose del suelo, cubierto de polvo, sucio y con evidentes señales de pies precipitados en todas sus ropas.

—Creo que me ha pisoteado una manada de cornilargos —rezongó sacudiéndose el polvo con las manos.

Tenía un arañazo en un lado de la cara del que manaba sangre. Marlowe dijo:

—Opino que debemos largarnos de aquí antes de que la policía empiece a hacer preguntas...

Lois indagó:

—¿Alguien puede aclararme qué es lo que ha desencadenado todo este lío?

Guy la tomó de la mano y la arrancó violentamente de la silla.

—¡Las preguntas más tarde, primor! —exclamó.

Los tres se confundieron con la agitada multitud. Recibieron algunas miradas iracundas y otras de curiosidad, pero no se detuvieron hasta encontrarse algunas calles lejos.

Marlowe redujo la marcha de sus largas piernas y gruñó:

—No te volaron la cabeza de milagro, muchacho... El gigante apartó el pañuelo de la cara. Estaba sucio de sangre.

—¡Hijos de perra! —bufó.

—Eso ya lo dijiste antes.

—¡Les cortaré el cuello uno a uno! —juró Gastón, más furioso cada vez. La muchacha se detuvo en seco, obligándoles a ellos a hacer lo mismo.

—Ya es hora de que alguien me aclare este embrollo, caballeros..., si es que alguno de los dos es un caballero, cosa que empiezo a dudar.

—¿No comprendió que alguien disparó a Gastón? Una de las balas hizo saltar el farol de la fachada...

—¡Cielos! Así, ese rasguño...

Gastón se acarició la mejilla.

—La última de las balas que dispararon, cuando me tiraba de cabeza entre la gente.

—¡Oh!

—¿Tiene eso relación con el negocio de que me hablaste?

—¡Seguro!

—Vamos a mi piso. Tengo un par de botellas allí —propuso Marlowe—. Alquilé un apartamento por tres meses.

—Si colaboras conmigo no estarás en él ni una semana.

La muchacha paseaba su mirada atónita de uno al otro. Se dejó conducir por Marlowe y se abstuvo de hacer más preguntas.

Por lo menos durante el recorrido.

CAPÍTULO II

—No quiero hablar de negocios delante de una chica que escribe para los diarios —dijo Gastón entre dientes.

Lois enarcó las cejas.

—¿Por qué me has traído aquí, entonces? —se quejó.

Marlowe refunfuñó:

—Una chica es una chica. Lárgate por ahí, Gastón. Ya hablaremos otro día.

Gastónapuró su tercera copa de coñac e hizo una mueca.

—No hay tiempo —dijo—. El asunto debe quedar resuelto en dos días... ¿No puedes enviar a Lois a comprar algo? Una botella o algo...

—¿Por quién me tomas, gorila? —estalló la muchacha.

Marlowe se rascó la cabeza, disgustado.

—Mira, compañero, no quiero mostrarme descortés, pero no cabe duda de que ella prefiere mi compañía a la tuya, al menos por el momento, así que la cosa queda resuelta...

Gastón juró en árabe hasta que le faltó el aliento. Después gruñó:

—Eso me pasa por ser demasiado complaciente con los amigos.

—Decídetelo pronto.

El gigante echó un vistazo a la muchacha. Se había tendido en un diván con languidez y formaba una imagen más que sugestiva. Los ojillos de Gastón relampaguearon.

—Mira, niña...

Ella abanicó sus largas pestañas.

—Puedo guardar un secreto... Por lo menos hasta tener la historia completa. Además, no publicaré nada sin la autorización de los protagonistas.

Marlowe soltó una risita.

—Los protagonistas somos nosotros —dijo—. ¿Qué te parece

Gastón?

—No me gusta.

Ella suspiró. Dobló las piernas bajo el cuerpo y la minifalda se redujo a un tamaño asombrosamente diminuto. Gastón achicó los ojos mientras Marlowe dejaba escapar un silbido.

—No se pongan nerviosos, muchachos —aconsejó la muchacha—. Es sólo anatomía.

—¿Qué dices que es? —gorjeó Gastón.

—Olvidalo —gruñó Guy—. Si tienes algo que decir referente a tu historia, adelante. De lo contrario, lárgate, compañero, y déjanos discutir en paz nuestro futuro inmediato.

Gastón se dejó caer sentada en una butaca y el mueble crujió como protesta. Alargó su manaza y se apoderó de una botella de coñac. Llenó su copa hasta el borde, olió el licor y luego lo engulló de un trago.

—Está bien —decidió después—. Sea como quieras. Pero si esta paloma abre el pico sin permiso, le retorceré el pescuezo con mis propias manos. —De ella me encargaré yo— dijo Marlowe.

—Sí, ya sé. Siempre has tenido especial habilidad para tratar a las mujeres. Recuerdo aquella chica de El Cairo que...

Marlowe soltó un bufido.

—Al grano —dijo.

—Bueno, bueno... ¿Oíste alguna vez el nombre de Count Carlo?

—Recuerdo vagamente la historia del tipo... Era un gángster norteamericano o algo así.

—Seguro que era un gángster... El jefe supremo de una de las más poderosas organizaciones criminales de Nueva York. Fue condenado a cinco años y luego deportado a Italia. Hace dos años de eso.

—¿Y qué?

—Espera... Carlo aceptó la deportación a su país de origen entre otras razones porque la policía italiana estableció una estrecha vigilancia a su alrededor. De modo que volvió a cruzar el charco y se largó a México, donde vivió como un rey hasta hace poco.

—¿Ya no vive ahora?

—¡Claro que vive! Pero su fortuna ha sufrido un bajón tremendo. Tiene algunas dificultades en la actualidad, ¿comprendes?

—Ni una maldita palabra. Gastón suspiró.

—Eres duro de mollera. Cario quiere recobrar una gran suma que dejó oculta en Nueva York. Pero la fortuna ha desaparecido, y sólo un hombre tiene la clave de su escondite.

—No me digas...

—Ese tipo importante soy yo, muchacho.

—Maldito si te creo una sola palabra. Si tú supieras dónde está oculta una fortuna, la hubieras desenterrado hace siglos sin dar participación a nadie.

—No es tan fácil. Además, el que se apodere de ese dinero no vivirá lo bastante para disfrutarlo. Cario mandará una jauría de matarifes para despacharlo. Y tú sabes que esa gente son tan profesionales en su trabajo como nosotros en el nuestro.

—Sigue, y veamos cuál es tu gran idea.

Gastón suspiró y dio un vistazo inquieto a la muchacha, que desde el sofá escuchaba con tanta atención como Marlowe.

—Count Carlo confió ese dinero, cinco millones de dólares, a su lugarteniente, un tal Cornuvale. Sólo que éste escamoteó los billetes y los ocultó en otro lugar, con la esperanza de que los matones que controlaba despacharan a Carlo. Entonces habría disfrutado de la fortuna él solito.

—¿Y...?

—Carlo liquidó a todos los asesinos que enviaron en su busca. Desde entonces, vive prácticamente rodeado de un ejército de pistoleros, pero vive, de modo que la fortuna sigue perteneciéndole.

—Hasta aquí lo veo claro. Ahora me gustaría saber por qué Carlo no mandó a su gente contra ese Cornuvale y le arrancó la piel; al tiempo que le obligaba a escupir el escondite de la pasta.

Gastón sonrió.

—Cornuvale murió de cáncer hace casi un año..., murió en el hospital de Nueva Jersey.

—¿Y...?

—Yo estaba cerca cuando la palmó y recogí sus últimas palabras.

—¿Tú estabas en ese hospital?

—Seguro. Fue después de lo de Cuba. Regresé con un plomo en el ala y me curaron mal. Meses después hube de internarme para otra cura. Cornuvale me dijo dónde había ocultado el tesoro y se

murió.

Me gustaría estar seguro de que tú no le ayudaste a morir, compañero...

Gastón hizo una mueca de disgusto.

—Tú me conoces bien —dijo con reproche—. Yo jamás mataré a un tipo que esté en, las últimas.

—Enternecedor —se burló Marlowe—. Adelante, veamos el resto.

—Es sencillo. Le escribí a Cario ofreciéndole el gran escondite por trescientos mil dólares. Es un porcentaje discreto a cambio de cinco millones de pavos. El sugirió que fuera a su residencia de México para tratar del negocio, pero le mandé al infierno. No quiero que me desuellen vivo todavía.

—Entiendo. Lo que tú pretendes es que a quien desuellen vivo sea a mí, enviándome allí en tu lugar.

—¿Cómo puedes pensar semejante cosa, Guy? —exclamó el gigante amargamente—. Yo no haría eso contigo en todos los días de mi vida.

—Déjate de teatro. Por trescientos mil machacantes le arrancarías la cabellera a tu padre, así que no me vengas con cuentos. Quiero saber dónde está la trampa de este asunto.

—¡Maldita sea! No hay ninguna trampa. Yo fijé el lugar del cambio en Corona del Mar, al norte de San Diego. Dejé establecido que si él intentaba cualquier triquiñuela para hacerse con el escondrijo sin soltar la pasta, podía despedirse de ella definitivamente. En el lugar en que está jamás podrá encontrar esos millones sin mi ayuda.

—Ya veo. Ahora, dime por qué extraña regla de tres necesitas mi ayuda, a cambio de la cual estás dispuesto a soltarme ciento cincuenta mil pavos.

—Porque metí la pata.

—¿Cómo?

—Hube de darle a Carlo un nombre y una dirección para que pudiera mandar la respuesta. Una dirección de Nueva York, uno de esos cuchitriles que se dedican a recibir encargos mediante una cantidad. Bueno, todo fue bien hasta que fui a recoger esa respuesta. Entonces advertí que alguien me seguía, mejor dicho, me siguieron cuando salí de la oficina.

—¿Pistoleros de Carlo?

Gastón sacudió la cabeza.

—Eso fue lo que pensé al principio. Puse en práctica un par de trucos y de perseguido me convertí en perseguidor, de modo que pude seguir al fulano. Era un detective privado.

—Entiendo.

—Carlo lo contrató. Le hice escupir su trato con el gran jefe y después le di una pequeña paliza para que fuera a encontrar a Carlo y le llevara mi mensaje.

—De modo que ahora Carlo debe acudir a Corona del Mar y pagarte trescientos mil pavos a cambio de cinco millones...

—Bueno, él no acudirá en persona, naturalmente. La policía americana le echaría el guante a las primeras de cambio. Pero allí será donde tendrá lugar el cambio con alguno de sus hombres.

Marlowe pensó sobre todo eso. No le gustaba mucho el asunto, pero ciento cincuenta mil dólares eran muchos dólares, teniendo en cuenta su situación monetaria actual.

—Supongamos que acepto ir en tu lugar, puesto que ahora Carlo conoce tu identidad gracias a ese detective privado. ¿Cuál será exactamente el papel y cuándo me embolsaré mi parte?

Tú harías todos los tratos. Y en cuanto a tu parte, tú mismo te quedarías con ella antes de entregarme la mía. La cosa no puede ser más sencilla para ti.

—Puedes rebanarme el pescuezo, si es así de sencillo.

—Vamos, vamos... Tú y yo hemos afrontado decenas de veces riesgos mayores. Únicamente que estamos un poco desentrenados, ¿eh? No hay una buena guerra en la que intervenir, ni revoluciones dignas de tal nombre en las que divertirnos un poco. Deberías estarme agradecido por proporcionarte un poco de emoción.

Marlowe gruñó entre dientes. La muchacha dejó oír su voz por primera vez:

—Eso promete ser emocionante —dijo—. Carlo fue un asesino famoso y se habló mucho entonces de la fortuna que poseía, y que la policía no pudo encontrar...

—No te metas en eso, nena —refunfuñó Gastón—. Es un asunto de hombres.

Marlowe dijo:

—¿Cuándo y cómo revelarás el escondrijo del dinero para que

yo pueda dárselo a los secuaces de Carlo cuando nos encontremos?

—Tan pronto decidas emprender el viaje a Estados Unidos.

La muchacha suspiró:

—Estoy dispuesta a irme contigo. Puedo oler el reportaje sensacional a miles de millas de distancia.

—Si te fueras con él olerías a pólvora —vaticinó el gigante disgustado—. Las mujeres lo estropean todo... o casi todo.

—Está bien, viejo —dijo Marlowe—. Lo haré.

Gastón no pudo contener un suspiro de alivio.

—¡Magnífico! Voy a instruirte sobre lo que tienes que hacer en Corona del Mar cuando llegues...

Estuvo hablando durante diez minutos más. Marlowe dirigía frecuentes miradas a Lois, cuya postura le sugestionaba. Ella le sonrió.

Cuando acabó las instrucciones, Gastón fue empujado hacia la puerta sin que sus protestas sirvieran de nada. Antes de salir, todavía gruñó:

—Es la segunda chica que me escamoteas, maldito pelirrojo. La próxima te costará las narices.

—Hasta entonces, piensa en los ciento cincuenta mil dólares y te sentirás mejor.

—¿Seguro que tomarás el avión por la mañana?

—Seguro, compañero. Te veré antes de partir y me confiarás el secreto. Y cuídate. Si te cazan a tiros no habrá fortuna para nadie.

—No me pillarán desprevenido.

—Eso está bien. Pero otra de las cosas en que debes pensar es en el tipejo que quería verte muerto..., y quizá llegues a la conclusión de que hay alguien metido en el asunto que quiere cerrarte la boca a tiempo.

—Tonterías. No querían matarme, sólo darme un susto y demostrarme que no estaré seguro en ninguna parte hasta concluir el trato. Eran pistoleros de Carlo sin duda alguna.

—Carlo no se expondría a que sus balas te volaran los sesos antes de averiguar lo que tú sabes.

El gigante frunció el ceño.

—Pensé que eran gente de Carlo —refunfuñó—. Pero si estaba equivocado, la cosa puede complicarse antes de tiempo...

—¡Y de qué manera! Si te matan, no hay negocio para nadie,

excepto para el que trata de mandarte al otro mundo. ¿Quién puede ser?

Maldito si lo sé. Cornuvale murió, y nadie sabe que me confió su secreto.

Marlowe esbozó un gesto de duda.

—Cuidate de todos modos. Los que dispararon sobre ti no eran aficionados y pueden repetir la suerte.

Gastón dio un vistazo sobre el hombro de Marlowe y gruñó:

—Esa gata está impacientándose. Te llamaré a primera hora para ponernos de acuerdo.

—Hazlo, pero lárgate de una condenada vez.

El gigante salió refunfuñando y Guy cerró la puerta y le dio vuelta a la llave.

La muchacha no se había movido, y tendida como estaba en el diván era una imagen tan tentadora como el demonio.

Marlowe sonrió.

—Era lo último que esperaba encontrar en Roma —dijo entre dientes.

—¿Qué?

—Una chica como tú.

—¿Qué hay de raro en una chica como yo?

—¿Raro? Nada, como tú dijiste antes, sólo anatomía. Pero que me condenen si no es la más bella lección de esta materia que haya estudiado en mi vida.

Lois sonrió perezosamente. Sus ojos de gata siguieron los movimientos del hombre mientras éste se movía a través de la estancia.

Luego dijo:

—Cuidado con lo que haces, grandullón. No vayas a creer que soy una niña indefensa.

—Aún no he conocido a una mujer indefensa en este sucio mundo, nena. De cualquier modo, los dos sabemos lo que queremos, así que no vayas a organizar toda una escena de virtud en peligro.

Esta vez Lois se echó a reír abiertamente.

—Me pregunto de qué me serviría eso con un tipo como tú. — Realmente, de muy poco.

Marlowe arrojó la chaqueta sobre una butaca y al volverse casi tropezó con la muchacha, que se había levantado y le miraba con

curiosa expresión en su rostro lleno de tentadora picardía.

La vio subir los brazos y un instante después se los había enroscado a su cuello y estaba colgada de él con todo su peso.

—Debes estar un poco loca, de todas maneras...

—Hablas demasiado, grandullón...

Sus labios se estrellaron en su boca y un instante después el estilete llameante de su lengua se le hundía igual que un puñal al rojo vivo.

Marlowe sintió una conmoción en todas las fibras de su cuerpo, algo olvidado y enterrado en el tiempo y perdido en el mar de experiencias frustrantes por las que había pasado a lo largo de años.

Se entregó a la caricia hundiéndose salvajemente en ese pozo de deseo que ella parecía abrir ante él. Era una mujer que sabía besar, sabía cómo encender a un hombre hasta el delirio.

No cejaron en el beso hasta que les faltó aliento. Luego, ella susurró:

—Lo sabía...

—¿Qué diablos sabías, que podías volverme loco con uno solo de tus endiablados besos?

—Eso, y que en el amor no eres tan listo como en todo lo demás.

—¿Quién es ahora el que habla demasiado?

Intentó atraparla de nuevo bajo su boca, pero ésta vez ella se escabulló como una serpiente, apartándose. Guy Marlowe la miró con el ceño fruncido.

—¿A qué diablos crees que estás jugando?

Poco a poco, como si oficiara un rito pagano, la muchacha comenzó a desprenderse, uno a uno, de los cierres de su ligero vestido de verano. Marlowe notó que empezaba a faltarle el aliento. Hubiera querido desnudarla a zarpazos, para que en un segundo apareciera la maravilla viva de aquel cuerpo que le tentaba y le turbaba a un tiempo.

Y de pronto, el cuerpo resplandeció, tenso, duro, con unos senos altivos que acusaban la agitada respiración de la mujer.

Se dejó deslizar suavemente sobre el diván y desde allí tendió los brazos y susurró:

—Ven...

Con un extraño e impetuoso tumulto dentro de él, Guy fue hacia ella, la miró aún otro largo instante y después se desplomó sobre la

locura viva que era aquel cuerpo de mujer.

CAPÍTULO III

Marlowe llegó a Concha del Mar acompañado de Lois. Los dos parecían turistas del Norte en un viaje de placer por las costas de California, sólo que su turismo tenía algunas cosas muy particulares.

Se inscribieron en un hotel de segunda categoría como señor y señora Marlowe, y les asignaron una habitación con lejanas vistas al mar.

Lois murmuró:

—Por si no lo sabías, éste es un hotel cuya mayor parte de clientes está compuesta por parejas de recién casados.

—Es la primera noticia —rió el aventurero—. De todos modos, no es nada que pueda preocuparme.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Establecer contacto con el tipo que debe servir de enlace. Después, le dejaré la iniciativa.

—¿Y si la iniciativa consiste en mandar un par de asesinos en tu busca?

—Tal vez lo hagan..., pero sería algo lamentable para los asesinos.

Ella le contempló unos instantes.

—Cada vez estoy más asombrada de hallarme a tu lado, Guy, querido... Ahora que conozco la mayor parte de la historia de tu vida, me doy cuenta de que es la primera vez que admites a una mujer cuando estás envuelto en algún lío.

El se limitó a asentir con un gruñido, distraído contemplando el panorama desde la ventana.

—A menos que hayas mentido, naturalmente.

Se volvió.

—Todo lo que te conté es cierto —aseguró—. Incluso el episodio de la muerte de mis cinco compañeros en Colombia...

—Traicionados por uno de tus propios hombres. Todavía siento escalofríos cuando pienso en ello.

—Te quedarás aquí hasta que yo vuelva —decidió él, ceñudo—. Y que Dios te proteja si dices una sola palabra de esto a nadie, y menos que a nadie a tus malditas revistas. ¿Has comprendido?

—No temas, sé lo que me conviene. Creo que me he enamorado de ti, Guy Marlowe...

¿Te sorprende?

—Mucho.

Abrió la maleta y distribuyó algunas prendas en el armario, ante la mirada divertida de ella, que comentó:

—Me admira que sepas arreglarte tan bien tus ropas... Por regla general, los hombres son muy torpes para estas cosas.

—Hace muchos años que me acostumbé a valerme por mí mismo en mis asuntos domésticos.

Ella se rió mientras él seguía manipulando en la maleta. De pronto cesó de reír y dejó escapar el aire de sus pulmones con fuerza, asombrada.

Marlowe acababa de abrir el doble fondo de la maleta y de él había sacado una pistola automática de gran calibre y feo aspecto.

—Guy...

—¿Sí, linda?

—Esa pistola, ¿tiene licencia?

—No seas ridícula. Los hombres como yo nunca consiguen licencia para sus armas..., a menos que luchen en una revolución.

—Entonces, pueden detenerte...

El se volvió poco a poco para enfrentarse a ella.

—Pequeña, si alguien trata de detenerme, vale más que vaya a encargarse su funeral.

Introdujo los cartuchos en el cargador uno a uno, tras revisarlos cuidadosamente. Luego, metió uno en la recámara y corrió el seguro.

Durante toda la operación, Lois no le quitó los ojos de encima. Sólo cuando hubo introducido la pistola en su cinto y la ocultó abrochándose la chaqueta, Lois murmuró:

—Por favor, querido, ten cuidado...

—Acostumbro a tenerlo en estos negocios. No te inquietes, nena; todo saldrá bien y los dos podremos disfrutar de unas largas

vacaciones en cualquier sitio.

La besó apretadamente, sintiendo el tenso cuerpo estremecerse bajo sus manos, y luego la soltó con cierta brusquedad y salió del cuarto.

Anduvo sin prisas asegurándose de que nadie le seguía. Comenzaba a reprocharse por haber traído a la muchacha, pero la cosa ya no tenía remedio. Además, Lois era un ser excepcional en cuanto a comprensión y belleza, y él se sentía feliz a su lado.

Descubrió el lugar que buscaba, un café anticuado sobre cuya puerta un rótulo pregonaba:

ARTHUR'S BAR

Entró, sumiéndose en una fresca penumbra. Tras el mostrador había una mujer gruesa de aspecto aburrido. Dos hombres y una chica pintarrajeada entretenían sus ocios en el bar. Eran sus únicos clientes.

Marlowe se encaramó a un taburete y pidió cerveza. Cuando la mujer gruesa le sirvió, dijo:

—Me gustaría ver a Arthur...

—¿El le conoce a usted?

—Seguro. Anduvimos juntos en Nueva York hace tiempo.

—Bueno, no ha llegado todavía. Espérole si quiere.

—¿No sabe dónde podría encontrarle?

—¿Para qué tanta prisa? A él no le gusta que nadie vaya a molestarle a su casa.

Se alejó hacia el rincón más apartado. Marlowe apuró la cerveza y esperó.

Pasó más de media hora y ya había trasegado tres cervezas cuando llamó a la mujer.

Los dos hombres y su chica se habían marchado minutos antes, de modo que estaba solo en el local.

—Escuche, Arthur se alegrará de verme y yo no puedo perder toda la tarde aquí sentado. Dígame dónde podría localizarle a estas horas y todo irá bien.

—A él no le gusta que...

—Eso ya lo dijo usted antes —la interrumpió impaciente—. ¿Dónde?

Ella titubeó. Por lo visto, dudaba aún sobre su amistad con el dueño del bar.

—Mi hermano es muy especial en sus cosas —murmuró la mujer—. Es capaz de enfurecerse sólo porque le doy su dirección.

—Se enfurecerá mucho más si sabe que me he largado de la ciudad sin verle. He de proponerle un buen negocio, usted sabe...

—¿Negocio? —Los ojillos de la mujer gorda relucieron de codicia—. ¿Qué clase de negocio?

—¡Maldita sea! Es con él con quien quiero tratar el asunto, no con usted.

—Está bien, no grite. Arthur vive en el siete cinco de Wind Street.

Marlowe pagó las cervezas y salió zumbando a la calle, huyendo del maloliente interior del bar.

Encontró la casa sin dificultad alguna. Era de dos plantas y al parecer sólo había una entrada. Llamó a la puerta y esperó.

No obtuvo respuesta. Disgustado, llamó por segunda vez con redoblada energía, sin que consiguiera mejor resultado.

Refunfuñando dio media vuelta y se alejó, no sin dirigir una última mirada a la casa para asegurarse de que sabría encontrarla de nuevo, aunque fuera en la oscuridad.

Y entonces descubrió el leve movimiento de la cortina en el segundo piso. No se detuvo, sino que prosiguió su camino normalmente.

Dobló la primera esquina y se detuvo, intrigado. No había duda de que había alguien en la casa, pero no habían querido abrirle la puerta.

Con muchas precauciones, asomó la cabeza y atisbo la casa, sin que esta vez pudiera descubrir signo alguno de vida. Volvió atrás pegado a las paredes. Estaba a poco más de cincuenta metros de la casa cuando salieron de ella dos hombres apresurados, que se dirigieron a un coche aparcado a poca distancia.

Entonces Marlowe pudo verlos con claridad y le pareció que ambos individuos tenían excesivas prisas por entrar en el coche y largarse de allí.

El coche se alejó y él llegó a la casa disponiéndose a llamar nuevamente. Sólo que ahora la puerta estaba abierta y pudo colarse dentro del zaguán sin impedimento alguno.

Había una puerta que debía comunicar con la planta baja. Estaba sucia y llena de polvo, indicando que no era utilizada nunca, así que subió apresuradamente las escaleras hasta el piso superior.

La puerta que encontró arriba también estaba sin cerrar, prueba evidente de las prisas demostradas por los dos desconocidos.

Sintiendo un extraño presentimiento, Marlowe se coló dentro de la vivienda y casi no constituyó ninguna sorpresa para él hallar al hombre derribado en el suelo con la cabeza ensangrentada, muerto.

Inclinándose, examinó las heridas del cráneo. Le habían matado a golpes, un sistema tan bueno como cualquier otro para liquidar a alguien silenciosamente, y que tendría la ventaja de que el laboratorio policíaco no dispondría así de balas con que trabajar en sus investigaciones.

Con un profundo disgusto, Marlowe se levantó y miró a su alrededor. No pudo ver ningún detalle revelador de la lucha.

Por un instante se sintió desconcertado. Se había quedado sin contacto y sin la menor pista que le permitiera establecer relación con los enviados de Cario.

Por otra parte, pensó, preocupado, la muerte de Arthur le confirmaba la presencia de otro grupo de individuos resueltos a no permitir el encuentro entre las gentes del gángster y él.

Lo que seguía siendo un misterio era cómo habían podido adelantarse de aquel modo, y cómo habían podido descubrir la identidad de su contacto.

Salió, cerrando la puerta a sus espaldas, y regresó al bar por el camino más corto. La gorda hermana del dueño continuaba detrás del mostrador, con sus ojillos codiciosos y sin un cliente a quien satisfacer.

Se adelantó hasta el lugar que él ocupó en la barra.

—¿Vio usted a mi hermano?

—Sí, pero alguien me tomó la delantera —dijo brutalmente—. Cuando yo llegué ya estaba muerto.

—¿Arthur? —jadeó la mujer.

—¿Quién si no?

—Buen Dios...

Se echó atrás, pero a Marlowe se le antojó que la noticia no le apenaba tanto como era de suponer.

—¿Sabe usted quién pudo matarlo? —le espetó sin rodeos.

—No... ¿Cómo podría saberlo? —dijo con voz temblorosa y débil—. Incluso pudo hacerlo usted.

—Olvídelo. Si hay alguien en el mundo a quien su hermano importara mucho vivo, soy yo. Me ha puesto en un aprieto su muerte.

—¿A causa del negocio del que me habló?

—Ni más ni menos. Oiga, no parece que la cosa le preocupe mayormente, señora.

—Bueno... Arthur y yo nos llevábamos muy mal. Era un egoísta, sabe usted...

—Ya veo.

Esperó a que ella añadiera algo más, pero aguardó en vano. Eso le decidió a seguir adelante.

—Su hermano debía ponerse en contacto con cierta gente... Tal vez le habló a usted de este asunto alguna vez.

—¿Qué asunto?

—Olvídelo. Veo que no lo hizo. Sírrame una corveta y me iré.

Trajo la cerveza, pero dijo:

—Si hubiera dinero a ganar, tal vez yo... ¿Entiende?

—Si él no le dijo nada relacionado con nuestro negocio, es inútil continuar esta conversación.

Apuró la cerveza casi sin respirar. La mujer dijo con un susurro:

—Todo lo que yo sé es que Arthur esperaba a alguien de México.

—Ése era el negocio. ¿Sabe usted el nombre de ese tipo de México?

—Primero, deje que vea el color de su dinero.

Refunfuñando, Marlowe mostró algunos billetes sin soltarlos. La gorda se inclinó sobre el mostrador.

—¿Cuánto hay aquí?

—Veinticinco dólares. Tienen un buen color, ¿no cree?

—Cincuenta son todavía más atractivos. Su color resulta extremadamente vivo.

—Para ser una dama que acaba de perder a su hermano, yo diría que demuestra una codicia más que sospechosa.

—El y yo nunca estuvimos demasiado unidos... ¿Qué me dice de esos cincuenta?

—El tipo de México. Quiero saber cuándo lo esperaba, dónde y en qué condiciones.

También el nombre.

—Pide usted mucho por tan poco dinero.

—El informe vale cincuenta dólares. Ni uno más. —Está bien, por esa cantidad le diré su nombre.

—Adelante.

—Andros.

—¿Andros?

Ella asintió con un gesto.

—¿Qué clase de nombre es ése?

—No lo sé. Es lo único que le oí decir por teléfono cuando le llamaron desde Tijuana.

—Entiendo. ¿Es cuanto sabe?

Ella alargó la mano y se apoderó del dinero.

Luego dijo con una sonrisa semejante a una mueca:

—Por cincuenta dólares es cuanto puedo recordar.

Marlowe maldijo en voz alta, pero la mujer no se inmutó lo más mínimo.

—Otros cincuenta y le diré dónde y cuándo debían encontrarse.

—Y después me pedirá otros cincuenta para revelarme el lugar de ese encuentro. No, gracias. Esos informes no valen tanto.

Saltó del taburete. La mujer titubeó. Luego dijo con impaciencia:

—Sé todo respecto a este asunto. Arthur me lo contó. Pero a usted le costará mil dólares, ni uno menos.

—Está usted loca —giró en sus talones y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir volvió la cabeza y añadió—: Saber eso le costó la cabeza a su hermano...; quizá a usted se contenten con arrancarle la piel a tiras. Piense en eso y luego llame a la policía. Ya es hora de que hagan algo con el fiambre.

Salíó y cerró la puerta a sus espaldas suavemente.

Se alejó un trecho y luego volvió atrás, examinando los coches aparcados.

Encontró uno con la portezuela abierta. Era un Ford Galaxie de color azul oscuro. Se instaló en el asiento y mientras vigilaba la puerta del bar comenzó a manipular en el tablero.

Antes de que hubiera podido establecer el contacto mediante un puente entre los cables, la gorda apareció, dio un vistazo arriba y abajo de la Calle... y en el acto hizo bajar el cierre metálico. Por ese día, el

ARTHUR'S

ya había hecho suficiente negocio.

La mujer cruzó la acera bamboleándose. Se metió en un Chrysler gris un tanto cachambroso y arrancó, alejándose hacia el sur de la población.

—Al fin Marlowe logró establecer el puente y arrancó el motor. Para cuando pudo sacar el coche del estacionamiento y meterlo entre el tráfico, la mujer había desaparecido.

Siguió conduciendo su coche hasta el final de la avenida. Allí, ésta se convertía en carretera. Aceleró y un par de millas más adelante localizó al Chrysler gris que corría a buena marcha en dirección a San Diego.

Marlowe mantuvo la distancia dispuesto a seguir a la gorda hasta el infierno si fuera preciso, porque ella tal vez le llevara al lugar donde deseaba ir.

Un lugar que representaba nada más y nada menos que trescientos mil dólares contantes y sonantes.

CAPÍTULO IV

Atravesaron Laguna Beach a buena velocidad. La gorda heredera del desgraciado Arthur conducía con seguridad, respetando escrupulosamente todas las señales de tráfico.

Ni una sola vez dio señales de advertir que era seguida, si bien es verdad que Marlowe se mantenía a gran distancia, incluso perdiéndola de vista en algunas ocasiones, para acelerar y localizarla después.

El recorrido hasta Capistrano lo efectuaron a una velocidad endiablada. Parecía como si a la mujer le hubieran entrado súbitas prisas.

Pasaron Del Mar y luego ascendieron hasta el pinar de Torrey. En el atajo de la Joya, el coche perseguido continuó manteniéndose en la carretera principal en dirección a San Diego.

Marlowe tuvo dificultades para mantenerse fuera de la vista de la mujer cuando llegaron al embarcadero del *ferry* de Coronado. Logró mantenerse en los últimos lugares de la fila, pero de tal modo que su coche fuera embarcado en el mismo viaje que el Chrysler.

En Coronado, la mujer se detuvo en un café para tomar un refresco. Marlowe la adelantó y luego estacionó en una esquina hasta que la vio rodar nuevamente en busca de la carretera.

Después de rebasar Imperial Beach, Marlowe empezó a preocuparse, porque si la mujer llevaba la intención de cruzar la frontera, debería renunciar a su persecución. No podía arriesgarse pilotando un coche robado.

Pero la obesa propietaria del bar no llegó a la frontera. Dobló por un estrecho desvío hacia la izquierda de la carretera y su coche se encaramó rumbo a los bosques que cubrían las colinas, desapareciendo en un recodo.

Marlowe estacionó a un lado y encendió un cigarrillo. En el desvío había visto un rótulo anunciando un motel y supuso que ella

se encaminaba al establecimiento, aunque maldito si podía imaginar la razón.

Dejó transcurrir quince minutos y luego se internó en el camino de la montaña. Poco después llegaba a las inmediaciones del motel, que constaba de un edificio alargado, con apartamentos en la planta superior y aparcamientos para los coches en la inferior. Además, había algunas cabañas esparcidas aquí y allá, cobijadas bajo los pinos gigantes.

El Chrysler estaba junto a la segunda cabaña.

Marlowe dio vuelta al coche y lo condujo unos centenares de yardas camino abajo. Luego lo abandonó y andando se aproximó a la cabaña.

A través de una ventana abierta escuchó la voz airada de la mujer, aunque no pudo entender sus palabras. Luego, un hombre replicó no menos iracundo.

Moviéndose con precaución, Marlowe consiguió aproximarse más a la cabaña y se agazapó junto a un arbusto recortado. Desde allí oyó a la mujer que vociferaba:

—¡Maldito seas, nadie habló de que habría sangre en este asunto! Un hombre dijo:

—¡Te repito que no sé una palabra de lo sucedido! Tu hermano era un desgraciado que no nos importaba mayormente, excepto como contacto.

—Entonces, grandísimo hijo de perra, dime quién lo mató.

—¡Infiernos! ¿Cómo quieres que lo sepa? Tal vez fue ese tipo que estuvo haciendo preguntas.

—¿Eh? No seas imbécil, ese hombre necesitaba a Arthur vivo. Ahora está completamente perdido. A menos que vuelva a mí.

—*Okay*, si lo hace lo traes aquí. El trato sigue en pie, y el negocio debe llevarse a cabo a cualquier precio. Tú puedes ocupar el lugar de tu hermano. Te pagaremos de todos modos.

—No creas que me entusiasma la idea... Si alguien ha matado a Arthur, puede hacer lo mismo conmigo.

—¡Condenación! No sé quién ha podido hacerlo, pero no nos consta que le hayan matado en relación con este asunto... Tal vez se trate de una venganza personal por cualquier lío de tu hermano...

—Pero ¿y si no es así?

El hombre barbotó algo desagradable. Marlowe trató de

comprender el sentido de aquella conversación, pero lo dejó correr cuando oyó de nuevo la voz de la mujer:

—¿Cuánto me pagarás si te traigo a ese tipo?

—Lo mismo que iba a cobrar Arthur. Cinco mil.

Hubo una pausa. Luego ella preguntó:

—¿Tan importante es ese hombre?

—No hagas preguntas idiotas. No se trata de ese hombre, sino de lo que sabe. Y ahora, lárgate y trata de convencerle si vuelves a verle. Tan pronto lo hayas puesto en nuestras manos cobrarás tus cinco mil pavos.

—De acuerdo, me conviene. Pero me gustaría mucho saber quién mató a Arthur y por qué. Y me gustaría mucho estar segura de que tú y tu gente no tenéis nada que ver en eso...

—Lárgate de una maldita vez.

La puerta se abrió y Marlowe vio aparecer a la obesa y codiciosa mujer, pero no pudo distinguir nada del hombre porque ni siquiera asomó fuera de la cabaña.

Ella montó en su coche y se fue. Marlowe esperó unos instantes y luego retrocedió también, cambiando de observatorio. Estaba claro que aquél era el punto elegido por los hombres de Carlo para cerrar el trato. Quedaba por averiguar cómo pensaban hacerlo.

Vio abrirse la puerta de la cabaña contigua y aparecer tres hombres corpulentos. Los tres se encaminaron a la otra donde esperaba el que parecía llevar el mando de la operación y la cosa no le gustó poco ni mucho. Cuatro pistoleros eran muchos pistoleros para una entrevista pacífica.

Volvió al coche y emprendió el regreso con la mente convertida en un torbellino.

Lois dijo intrigada:

—Lo que me sorprende es que hayan podido localizar a ese pobre hombre antes que tú. ¿Quién más podía estar enterado de que él era tu contacto con esos pistoleros?

—Nadie. Sólo Gastón, tú y yo.

—No cabe duda de que hay alguien más, de lo contrario no le habrían matado.

—Hay otra cosa que me intriga más —refunfuñó Marlowe, exhalando una nube de humo del cigarrillo—. La gorda. Esa arpía lleva algo entre manos.

—Seguro, Ganarse cinco mil dólares, a juzgar por lo que acabas de contarme.

El aventurero sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. Ella conocía a esos tipos desde un principio: no obstante, y a pesar de saber cuál era el trabajo que debía realizar su hermano conmigo, no soltó prenda cuando la interrogué. Se embolsó unos pocos dólares y eso fue todo hasta que me pidió mil...

—Bueno, si se los hubieses dado, tal vez...

—No, fue un globo sonda. Quiso tantearme. Por eso me negué a pagarle, con la esperanza de que se apresurara a entrar en contacto con la gente de Carlo, tal como hizo en realidad. Ahora estará esperando mi próxima visita mordiendo las uñas porque, para ella, yo represento nada más y nada menos que cinco mil machacantes... más lo que pueda sacarme a mí. Esa dama es una gran esponja absorbiendo dinero. Ni siquiera la muerte de su hermano la afectó ante la perspectiva de quedarse ella con el dinero.

—Siendo así, se me antoja que no te queda otro camino que claudicar.

Marlowe hizo una mueca y chupó el cigarrillo con furia.

—No pienso ponerme en sus manos tan fácilmente. Son cuatro matarifes profesionales los que aguardan al mensajero... y puedes apostar que no entra en sus cálculos pagar un centavo por el secreto. Esas gentes suelen pagar con plomo sus deudas. Los conozco bien, nena.

Ella ahuecó su rubia cabellera con gesto de instintiva coquetería.

—No lo dudo —comentó—. Tú te pareces mucho a esos individuos.

—No confundas las cosas. Esos fulanos son asesinos profesionales, matones a sueldo de un criminal peor que todos ellos juntos.

—¿Qué diferencia hay entre esos hombres y aventureros como tú y Gastón?

—¡Infiernos! Una diferencia inmensa. Primero: nosotros somos mercenarios, luchamos por cualquier causa en la que nos pagan, pero lo hacemos dando la cara, enrolándonos en un bando determinado en guerra con otro. Soldados de fortuna, si quieres, pero no asesinos sin conciencia de ninguna clase.

—Ya veo... tanto tú como tu amigo habéis nacido en un siglo que no es el vuestro.

—Olvida las filosofías, ¿quieres?

Ella sonrió, alargó el cuello y le besó apretadamente en la boca.

—De cualquier modo —musitó—, a mí no me importa lo más mínimo lo que seas, cariño.

—Eso me parece muy bien.

—¿Qué piensas hacer ahora? No podrás prolongar esta situación mucho tiempo más. El titubeó.

—Me gustaría saber algunas cosas más de esa gorda dama, y de los cuatro angelitos que aguardan en la cabaña del motel. Cualquiera de ellos sería capaz de desollarme vivo si le diera oportunidad.

Lois enroscó sus brazos desnudos en torno a su cuello y le sonrió.

—Eso resultaría muy desagradable.

—No es necesario que lo jures, sobre todo tratándose de mi pellejo. Creo que haré otra visita a la dama del bar, aunque sin aceptar las sugerencias que seguramente me hará tendentes a conducirme a la cabaña.

—¿No crees que sería preferible que te pusieras en comunicación con Gastón? Tal vez dispone de otro contacto más seguro para proseguir las negociaciones...

—Demonios. Gastón está en Roma. Y estos asuntos no pueden tratarse por teléfono. No —gruñó—; intentaré sondear a la gorda para averiguar qué juego es el suyo.

Ella sonrió despreocupadamente. Era evidente que la gravedad del asunto no la preocupaba mayormente, en particular si estaba en los brazos de Marlowe.

—Nena, estás haciendo las cosas muy difíciles... —murmuró.

—¿Qué cosas?

Largarme de aquí.

—¿Qué prisa tienes?

El esbozó una sonrisa.

—No olvides que me espera una dama.

—Presumo que esa pájara gorda no es ninguna dama. Estoy muy segura de mis encantos para sentir celos. Por otra parte, cariño, esa mujer creo que desea cualquier cosa de ti menos que le hagas el

amor.

—A menos que yo esté equivocado, desea verme muerto... encargándose ella personalmente de ponerme en manos del verdugo.

—Por eso mismo. Oye, ¿no se te ha ocurrido abandonar este asunto? Estuve pensándolo y creo que es un riesgo demasiado grande el que vas a correr.

—El precio lo vale. No pienso abandonar, linda.

Ella apretó los labios contra su boca. Por un instante pareció que ambos habían olvidado el tema, pero cuando les faltó el aliento y la muchacha separó la boca, susurró:

—¿Y si te matan, Guy? El hizo una mueca.

Nena, sólo el destino sabe cuándo le llega la hora a uno, así que no sirve de nada preocuparse por anticipado. Y si mientras estás en mis brazos pierdes el tiempo pensando en temas tan siniestros empezaré a pensar que estoy perdiendo mi *sex-appeal*.

—¡Maldito seas! Vas a jugarle la vida y lo tomas a broma. Me pregunto qué tienes en lugar de cerebro.

El le tapó la boca con los labios. Lois apretó los brazos en torno a su cuello y absorbió el beso, y el aliento de aquella llama que penetraba en sus entrañas quemándola dulcemente, y diluyendo sus propios sentidos en el delirio de un goce infinito, como nunca sintiera en brazos de hombre alguno.

—¡Oh, querido, querido...!

Su voz apenas fue un jadeo que murió dentro de la boca de él. Hubiera querido decirle que le amaba, que al fin sabía lo que era la cumbre de ese sentimiento del que en ocasiones había llegado a dudar.

Pero no dijo nada, se dejó ahogar en el tumulto de esa infinita ternura que la llenaba.

Nunca supo cómo llegaron al lecho. Lo único que sabía era que estaba entre los fuertes brazos de él y que todo lo demás parecía perderse en la distancia del olvido.

Era algo incluso morboso, pensó. Sabía que estaba poseyendo a un hombre que pronto, quizá en horas, estaría muerto, que ése era quizá el último espasmo emocional, delirante que él experimentaba en brazos de una mujer antes de entregarse en brazos de la muerte.

Y eso lo cambiaba todo. Hacía que cada raudal de vida, que cada

suspiro, que cada escalofrío de placer cobraran una dimensión distinta, nueva y terrible, más profunda; algo que le arrebatava su propia vida en oleadas, que amenazaba con dejarla vacía y flotando en un mundo donde ya no quedara nada, sólo el placer, el delirio de esa entrega sin fin que la llevaba en medio del tumulto sensual hasta el éxtasis definitivo.

Lanzó un grito cuando sintió el fuego arder dentro de su cuerpo. Jadeó y toda su piel pareció querer fundirse en el duro cuerpo del aventurero. Después fue como si se desvaneciera lenta y dulcemente.

Notó cómo los poderosos músculos de él se relajaban pegados a su cuerpo. Deseó poder dormirse así, abrazada al hombre, sintiéndolo suyo, relajado y vivo.

Sobre todo, vivo.

CAPÍTULO V

La obesa propietaria del bar estaba detrás del mostrador con actitud vigilante. Había cuatro o cinco clientes esparcidos por el local, a los que Marlowe dedicó un atento vistazo al entrar. Ninguno de ellos tenía aspecto de pistolero.

La mujer suspiró al verle. Se bamboleó a lo largo de la barra para acercarse al lugar donde Marlowe acababa de sentarse, sobre un alto taburete.

—Estaba segura de que usted volvería por aquí, señor —runroneó, satisfecha.

—¿Cómo le fue con la policía?

—Hicieron muchas preguntas y se llevaron el cuerpo. Green que mataron a Arthur para robarle.

—Eso es absurdo. El asesino no le quitó ni un centavo.

—Ya lo sé, pero me interesaba que no metieran las narices en los asuntos de mi hermano, de modo que hice una visita al apartamento antes de llamar a la policía...

—Entiendo —gruñó Marlowe—. Usted le desvalijó.

—¿Podía hacer otra cosa?

El aventurero se encogió de hombros y su respeto por la dama subió de pronto. Sonrió.

—Es usted una mujer de ideas rápidas —reconoció—. Me gustaría estar seguro de que sus ideas respecto a nuestro negocio en común son también rápidas y buenas.

—Puede afirmar que es así. Estoy en condiciones de hacer el trabajo que usted esperaba de mi hermano. Mediante cierta suma, por supuesto.

Marlowe ocultó una sonrisa.

—¿Cuánto?

—Se lo dije cuando estuvo aquí la última vez, amigo. Mil dólares.

—¿A cambio de qué?

—De llevarle al lugar donde le esperan la gente de México. —Ya veo... Se me antoja que hay trampa en alguna parte, hermana.

—¿Por qué? Le puedo jurar que juego limpio.

—Usted no sabe lo que es jugar limpio —rió el aventurero—. Primero me sacó unos pocos dólares sólo para tantearme. Me soltó un nombre raro como anzuelo: Andros. Luego resultó que ese nombre no tiene ninguna importancia y que su verdadera meta es llevarme a alguna parte determinada. Dígame si todo esto no suena a estafa, ¿eh?

La mujer sacudió la cabeza con pesar.

—Necesitaba estar segura de usted —se excusó—. Ahora podemos cerrar el negocio en unas horas.

Alguien la llamó y se apartó de Marlowe para atender al cliente. Después y sin que él pidiera nada, le sirvió un *whisky* doble y dejó la botella sobre el mostrador.

—¿Qué decide? —Gruñó, impaciente.

—Deje que lo piense un poco —rezongó Marlowe—. No me gusta nada el modo como se están desarrollando las cosas. Nadie, en teoría, debía estar enterado del compromiso que había entre su hermano y yo...

—Alguien debió averiguarlo y trató de impedir su contacto.

—Seguro. Y pueden volver a intentarlo con usted.

Ella se estremeció. Sus abundantes grasas oscilaron como un flan.

—No quiero ni pensar en eso —murmuró con un hilo de voz—. Cerremos el trato y...

Le dije que quiero pensarlo. No sé hasta qué punto me conviene confiar en usted. Puedo encontrarme con un cuchillo clavado en la espalda en el momento menos pensado...

—Hay más probabilidades de que le maten cuanto más tiempo demore usted su decisión. Tan pronto haya ultimado el negocio, el peligro habrá pasado.

—No estoy yo tan seguro.

Ella no pudo contener un gesto de impaciencia.

—Como quiera —masculló, despechada—. El *whisky* es por cuenta de la casa, pero no vuelva usted por aquí hasta que esté dispuesto a pagar esos mil dólares.

Marlowe apuró el licor de un trago y sonrió.

—Lo tendré en cuenta..., pero no creo que me convenga el trato. Aprecio mucho mi pellejo, hermana. No tengo otro, ¿sabe?

Saltó del taburete. Por un instante, la ira relampagueó en los ojos de la mujer, sustituyendo a la codicia que de ordinario se reflejaba en ellos.

—Haga lo que guste —masculló, furiosa—. Pero si su intención era cerrar el trato con Arthur, no comprendo por qué no ha de hacer lo mismo conmigo. Yo puedo llevarle con los de México tan bien como hubiera podido hacerlo él.

—Tal vez, pero hay algo que no me gusta en todo esto. ¿Cuántos tipos hay esperándome?

—¿Qué?

—Esos tipos de México... ¿Cuántos son?

—¡Maldita sea! Uno... Ese Andros de que le hablé. Es el único que aguarda para cerrar su trato con usted.

Marlowe esbozó una mueca. Ella mentía descaradamente, puesto que sabía perfectamente que eran más de uno los que aguardaban para una entrevista de la que dependían trescientos mil dólares.

Aunque tal vez no pensarán pagar ni un centavo.

—Dígale a Andros que quiero estar seguro de conservar el pellejo después de la entrevista —decidió—. Debe ofrecerme algunas garantías consistentes para que me decida a verle.

—Eso es una estúpida pérdida de tiempo.

—Tengo todo el tiempo del mundo para mí solo en este negocio, pero sólo tengo un pescuezo, ¿comprende?

Se encaminó a la puerta. Tras él oyó jurar a la mujer con voz contenida, y sus juramentos habrían hecho las delicias de un sargento de marines.

Sin prisas, Marlowe deambuló media hora por las calles en un vano intento de descubrir si alguien le seguía los pasos. No pudo ver nada sospechoso, de modo que se encaminó a una empresa de alquiler de coches y contrató un Chevrolet negro y reluciente.

Realizó un corto recorrido fuera de la ciudad para familiarizarse con el coche y luego regresó al hotel.

Subió a la habitación en busca de Lois Rider, pero la muchacha no estaba allí.

Se sintió extrañamente solo en mitad del cuarto vado. Hubo de

confesarse que estaba haciéndose viejo y sentimental, porque jamás en su vida había experimentado semejante sensación de soledad y desamparo. Siempre había vivido solo, con los sentidos aguzados y alerta, como un animal en la selva.

Y ahora se entristecía fácilmente, sólo porque la muchacha había salido a dar un paseo. No podía pretender que estuviera todo el día y toda la noche encerrada en una habitación de hotel aguardando su regreso.

Empezó a pensar en Lois de un modo totalmente objetivo. Encendió un cigarrillo, se despojó de la chaqueta y se tendió encima de la cama.

Sus pensamientos giraron perezosamente igual que el humo que ondulaba hacia el techo. No cabía duda de que algo estaba sucediéndole de un tiempo a esta parte. Quizá fuera hora de empezar a pensar en sentar la cabeza y establecerse definitivamente en alguna parte.

Con ciento cincuenta mil dólares podría hacerlo, y olvidar las guerras y guerrillas que estallaban aquí y allá, y echar al saco del olvido las aventuras y las violencias. Todo lo que necesitaba era el dinero y una chica.

Arrojó el cigarrillo por la ventana abierta y se incorporó. Paseó de un lado a otro de la habitación durante un largo rato, hasta que llegó a una determinación.

Volvió a ponerse la americana, tanteó la culata de la pistola y descendió al bar del hotel, donde pidió un *whisky*.

A través del gran ventanal vio que empezaban a encenderse las luces en la calle. Anochecía y podía sentirse un calor húmedo y pegajoso.

De pronto se puso rígido y todos sus sentidos se alertaron con la brusquedad de un disparo. Sus ojos grises, agudos como los de un tigre al acecho, acababan de descubrir al hombre inclinado sobre, su Chevrolet, al otro lado de la calle.

Apuró la bebida y rápidamente salió, atravesando el vestíbulo del hotel. Para cuando salió a la calle, el hombre se había alejado ya y andaba por la acera en dirección a la primera calle lateral.

Marlowe le siguió apresuradamente. Cuando dobló la esquina le vio inclinado sobre la ventanilla de un coche marrón, hablando con alguien que había en el vehículo.

Aprovechándose de las sombras, se deslizó a lo largo de las paredes. La estructura de aquel tipo le recordaba a alguien, pero no era a ninguno de los tipos que viera en la cabaña del motel.

De pronto, el poderoso motor del coche marrón dio un rugido y el coche saltó hacia adelante, acelerando bruscamente. El hombre fue golpeado por la carrocería y trastabilló, retrocediendo, mientras el auto se perdía en la esquina y desaparecía.

El tipo recobró el equilibrio. Estaba acariciándose el hombro golpeado cuando Marlowe se colocó a su lado y gruñó:

—Sus amigos tenían una prisa endiablada, ¿no cree?

El hombre dio un brinco, volviéndose en redondo. Marlowe le sonrió con inmensa burla.

La mirada del individuo chispeó al reconocerle, no obstante barbotó:

—¿De qué está hablando? Resbalé, eso es todo.

—No cabe duda de que ha resbalado, pero no del modo que usted piensa. Sus camaradas se han largado, de estampida solo cuando me han visto acercarme. Usted no me vio porque estaba de espaldas a mí, y eso ha sido una gran desgracia... para usted, naturalmente.

—Oiga, ¿está usted chiflado o qué?

Justo en ese instante, Marlowe recordó dónde había visto antes al tipo y una corriente de excitación culebreó por sus venas. Ahora sabía que estaba sobre un buen camino.

Con la misma voz calmosa comentó:

—Hicieron un buen trabajo con el pobre Arthur entre usted y su otro camarada...

El hombre casi se echó atrás. Muy pálido miró a su alrededor como buscando el modo de escapar.

Luchó con su voz y al fin masculló:

Sigue hablando de cosas que no entiendo, como si lo hiciera en chino. ¿Quién es Arthur, y qué tengo yo que ver con ese tipo?

—Es más propio decir «quién era Arthur», porque ahora está muerto.

—¿De veras?

—Usted y yo vamos a tener una larga conversación..., una conversación confidencial, ¿sí?

—No tengo nada que hablar con usted.

Hizo ademán de alejarse, pero la dura garra de Marlow se cerró en torno a su brazo y apretó lo bastante como para que el hombre soltara un quejido.

—Sin prisas, camarada. Cuando yo digo que hablemos, hablamos, ¿entendido?

—¡Suélteme, maldito sea usted!

En lugar de soltarlo, Marlowe apretó más su presa. Sus dedos, duros y largos, se hundieron en los músculos del brazo que apresaban, hincándose como garras.

—Despacio —murmuró—. Puedo hacerle mucho más daño si no se porta sensatamente.

Le empujó hacia las sombras de los muros. Al mismo tiempo dio un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie les prestaba la menor atención.

Pasaba poca gente, y cada uno tenía sus propias preocupaciones para ocuparse de los demás.

Le apretó contra la pared y con un rápido movimiento sacó la pistola y hundió salvajemente el cañón en el estómago del asustado individuo. El pistolero boqueó, ahogando los gritos de dolor que le asaltaban.

—Tranquilo o ya sabes lo que te aguarda —remachó el aventurero.

En unos instantes le hubo tanteado los bolsillos, despojándole de un revólver de cañón corto.

—Una buena pieza para un museo —rezongó guardándose el arma. Hizo desaparecer también su pistola y añadió—: Me pregunto por qué no has tratado de empuñar ese revólver para librarte de mí...

—Ya le dije que todo esto es un error. No sé quién diablos es usted ni quiero conocerlo. Sólo devuélvame el revólver y me largaré.

—Que te crees tú eso, camarada. Te dije que había algunas cosas de que hablar entre tú y yo. Echa a andar delante de mí con mucho cuidado...

—¿Para qué?

—Buscaremos un sitio donde hablar sin que nos molesten, pero debo advertirte que si intentas escapar te dispararé a las piernas y quedarás tullido para el resto de tu vida. Soy un tirador magnífico,

así que piénsalo dos veces antes de echar a correr.

—¡Maldita sea! He tenido que ser yo quien topara con un loco homicida.

—Gajes del oficio, camarada. Andando, sigue calle abajo.

Recorrieron dos manzanas uno tras otro antes de localizar un callejón oscuro que convenía a los propósitos de Marlowe. Empujó al pistolero y ambos se fundieron en la negrura.

—Alto ahí, camarada —ordenó.

Su prisionero se inmovilizó. Jadeaba de terror, pero todavía pretendía sostener su papel de hombre inocente.

Marlowe gruñó:

—Ahora veamos. ¿Quién había en el coche?

—Un... un amigo mío que...

—Un amigo tuyo que estaba hablándote del tiempo, ¿eh?

Su enorme puño, como una maza, se hundió en el estómago indefenso que tenía delante y amenazó con salir por la espalda del desgraciado. Un sordo y largo estertor salió de la boca desencajada del individuo y, doblándose, cayó de rodillas.

—Éste es un ejercicio magnífico para mantenerse en forma, compañero.

—¡Está loco! Yo...

Marlowe subió la rodilla con tremendo ímpetu y la estrelló contra la cara contraída del pistolero. La cabeza se dobló violentamente hacia atrás, y golpeó la pared con un impacto sordo.

El hombre cayó de bruces, semiinconsciente, quejándose casi sin voz mientras la sangre escurría por su barbilla.

Marlowe le sujetó por los cabellos y tiró hacia arriba, obligándole a incorporarse. —Empecemos otra vez— dijo—. ¿Quién estaba en el coche?

—Un... un amigo.

—Bueno, he convencido a tipos más duros y testarudos que tú. Recuerda una vez, en Colombia...

No pudo terminar. Muy cerca rugió una pistola y el espeluznante golpe de la bala al hundirse en la carne sonó ominosamente. Obrando por instinto, Marlowe saltó hacia atrás y rodó apartándose del lugar que ocupara antes.

Cuando encontró la pared del otro lado del callejón, se detuvo, agazapado y con la pistola en la mano. Pero ya no hubo más

disparos. Le pareció oír unos pasos en alguna parte, y entonces empezaron a sonar gritos en las ventanas, y el silbato de un guardia relativamente cerca.

Acercándose al bulto inmóvil, comprobó que el pistolero estaba muerto. Lanzó un juramento, sacó el revólver de cañón corto y lo limpió con cuidado, tras lo cual lo colocó en la mano del cadáver y tras esto echó a correr.

Se alejó de los contornos huyendo del alboroto y los silbatos. Estaba desconcertado por lo que ocurría a su alrededor, y una pregunta zumbaba una y otra vez en su mente:

¿Por qué habían asesinado a su propio compañero en lugar de matarle a él?

Era indudable que con la misma seguridad habrían podido disparar contra él, librándose así de su molesta intervención. Pero en lugar de eso, habían preferido matar a un camarada para evitar que hablase, dejándole a él vivo.

Eso se prestaba a infinidad de hipótesis, ninguna de ellas satisfactoria.

CAPÍTULO VI

Lois no había regresado todavía cuando él llegó a la habitación. Lanzó un gruñido y en plena oscuridad fue a sentarse frente a la ventana.

Necesitaba reflexionar con calma, o mejor, hablar con alguien del asunto para centrar sus propias ideas. Lois resultaría ideal para ese ejercicio, sólo que la muchacha no estaba allí.

Gruñó entre dientes, impaciente. Por la ventana podía ver, en la calle, su coche estacionado al otro lado. Era indudable que le habían localizado. Sabían que tenía aquel auto alquilado, por lo tanto conocían también su identidad. Pero continuaba siendo un misterio la razón por la cual, habiendo matado a Arthur, no habían intentado hacer lo mismo con él, especialmente, habiendo dispuesto de una magnífica oportunidad cuando liquidaron a su propio pistolero para impedirle hablar.

Sonó el teléfono, arrancándole de sus reflexiones. Descolgó el auricular pensando en Lois, pero no fue la muchacha quien habló, sino un hombre de voz profunda y ruda.

—¿Marlowe? —preguntó.

—Al habla.

—Estamos desperdiciando mucho tiempo, ¿no cree?

Dominó el estupor, porque aquello tampoco tenía sentido. Era inconcebible que también la gente de Carlo le hubiesen identificado.

—Más claro.

—Sabe bien de qué le hablo. Usted y yo teníamos que habernos encontrado hace casi dos días. Arthur era el contacto que debía traerle hasta aquí.

—Siga hablando —gruñó.

—No por teléfono. Usted tiene algo para vender y yo el dinero para comprar. Será fácil llegar a un acuerdo.

—No me diga...

—Usted y su socio son demasiado aficionados a complicar las cosas. El negocio podría estar ultimado hace casi un mes, pero su amigo prefirió dar largas y rodeos. Le aseguro que se trata de una transacción perfectamente justa. Usted vende y yo compro, eso es todo.

—Sólo que me gustaría estar seguro de no cobrar en plomo, compañero.

Su comentario arrancó una risita al otro extremo de la línea. Después, aquella voz habló de nuevo.

—No puedo reprocharle su desconfianza, por supuesto. Pero el dinero está esperándole, Marlowe.

—¿Dónde?

—En una cabaña de un motel.

Titubeó. De no existir el misterio de cómo le habían localizado también aquellos tipos, habría aceptado sin más dilaciones.

—¿Quién estará esperándome ahí? —preguntó.

—Yo solo, naturalmente.

—¿Cuál es su nombre?

Hubo un silencio, un prolongado titubeo por parte del misterioso comunicante.

—Nada de nombres por teléfono —dijo al fin—. Le daré las señas del motel y le esperaré esta misma noche. Tiene tiempo de venir antes que amanezca.

—Podría hacerlo —masculló—, aunque así estropearía el negocio a la gorda dama. —¿De qué dama está hablando ahora?

Marlowe se puso rígido.

—Usted lo sabe bien; la misma que estuvo en esa cabaña no hace mucho.

—Maldito si... Escuche, déjese de acertijos y venga. No podemos esperar mucho tiempo más. El se impacienta desde México.

—Y yo me impaciento aquí. Pero deme la dirección del motel y veré si me decido.

La dirección fue la misma que él ya conocía. Más desconcertado aún, colgó, porque estaba seguro que el tipo que hablaba por teléfono no era el que ocupaba la cabaña ni mucho menos, de lo contrario no se habría sorprendido tan completamente cuando le mencionó a la obesa propietaria del bar.

¿Cuántos enviados de Carlo había a la expectativa?

¿O quizá no eran hombres de Carlo a fin de cuentas?

Mascullando entre dientes, se lanzó a la calle dispuesto a llevar el asunto por el camino rudo. Entró en el coche y lo puso en marcha, apartándolo de la acera.

Dos minutos después de estar en movimiento, algo duro y cilíndrico se apoyó en su nuca y una voz gruñó:

—No separe las manos del volante, hermano, o le frío.

Marlowe suspiró.

—No cabe duda que usted aprendió en una buena escuela. ¿Qué se espera que haga?

—Eso depende de si desea vivir o no.

—La disyuntiva no ofrece dudas, compañero.

—Entonces vivirá, pero no se pase de listo. Maneje con cuidado hacia el sur. Vamos a realizar un pequeño viaje.

—¿Adónde?

—Yo le indicaré el camino a seguir.

Pensó que lo sabía de memoria, pero no replicó. Estuvo conduciendo pacíficamente por la misma ruta que ya siguiera una vez en persecución de la gorda. El pistolero, a sus espaldas, le daba instrucciones de vez en cuando, pero no eran necesarias para Marlowe, quien estaba cada vez más desconcertado de cómo se desarrollaban las cosas.

De pronto dijo:

—Si usted estaba esperándome en el coche, no comprendo por qué su jefe me ha llamado por teléfono.

—¿El le llamó?

—Ni más ni menos. Justo antes de salir del hotel.

—No lo creo.

—Me dijo el lugar donde estaba esperándome, en el motel, y que fuera allí esta noche. Y ése era el lugar al que pensaba dirigirme cuando usted tan «amablemente» se ha ofrecido a guiarme.

—Está mintiendo desde luego.

—No.

—¡Le digo que miente!

—¿No nos dirigimos al motel llamado El Rancho?

—Sí, pero...

—Ahí tiene.

—Que me ahorquen si lo entiendo —rezongó el pistolero.

La molesta presión de la pistola en la parte inferior del cráneo, disminuyó. Eso fue todo lo que Marlowe salió ganando.

Al cabo de unos minutos el rufián comentó, como si hablara para sí mismo:

—No lo entiendo. El estaba furioso con usted...

—No parecía estarlo por teléfono.

—De cualquier modo no intente nada o le volaré el serrín que tiene en la mollera.

—No te pongas nervioso.

Apartó una mano del volante en busca de un cigarrillo. Instantáneamente, la pistola le presionó dolorosamente y el pistolero gritó:

—¡Cuidado! Esa mano póngala sobre el volante.

—Todo lo que quiero es un cigarrillo.

—Aguántese.

Se aguantó, maldiciendo entre dientes. Sintió la mano del otro tanteándole el cuerpo desde atrás hasta que encontró la pistola y se la arrebató.

—Ahora puede fumar si quiere —rezongó. Encendió un cigarrillo y prosiguió el viaje.

Cuando llegaron al motel solo las luces bajo el arco de entrada estaban encendidas. Marlowe manejó hasta la cabaña que ya conocía. Detuvo el coche, se apeó, seguido por el pistolero, y entonces se abrió la puerta y la silueta de un hombre de estatura mediana se recortó contra la luz del interior.

—¡Lo traigo, jefe! —cacareó el rufián, empujando a Marlowe—. ¡Aquí lo tiene!

Le hicieron entrar. Había tres hombres en la cabaña, incluyendo al que abriera la puerta. Éste tenía unas facciones afiladas, de labios delgados y pálidos. Sus ojos eran dos simas oscuras sin expresión alguna. Cuando habló, Marlowe supo que aquél era el individuo que había estado hablando con la gorda.

—De modo que tú eres el tipo listo —refunfuñó el hombre.

—No sé cuan listo soy, pero apuesto que usted es el tipo que se hace llamar Andros. —Seguro. La gorda te lo dijo, supongo.

—Sí.

—¿Por qué no quisiste acompañarla hasta aquí?

—Bueno, digamos que no estaba muy seguro del terreno que pisaba. Además, su amiga me quería sacar mil dólares extras... y eso es mucho dinero.

—No debería serlo para un fulano como tú.

Marlowe paseó la mirada por encima de los otros.

Todos llevaban escrita su ruin profesión en el semblante.

—Si está dispuesto a pagar, podemos cerrar el trato esta misma noche —dijo.

Andros, inesperadamente, le dio una bofetada con todo su ímpetu. La mano plana restalló en la cara de Marlowe, haciéndole trastabillar.

Sintió una oleada de ira y por unos instantes pensó que no podría dominarse. Vio a los pistoleros exhibir sus armas y amenazarle con ellas, pero ni siquiera le hubieran detenido de no apelar a su razón... y a los ciento cincuenta mil dólares que le pertenecían en aquel negocio.

—¡Maldito seas, bastardo! —rugió—. Vuelve a tocarme y te hago pedazos en medio de tus esbirros.

—No gallees, Marlowe, o como te llames. Cuando yo termine contigo, te mataré, pero hasta entonces vas a tener otras cosas de qué preocuparte...

Después de eso comenzó el infierno.

CAPÍTULO VII

Marlowe yacía en el suelo hecho un ovillo. Su rostro estaba lleno de sangre y su torso, desnudo, aparecía con algunos cortes de los que también se deslizaba la sangre mansamente.

Tumbado sobre un sillón, uno de los pistoleros sostenía con la mano izquierda su brazo derecho, roto. Gemía de modo intermitente, pálido y asustado.

En un rincón, Andros mascullaba tratando de volver a su lugar la mandíbula dislocada de otro de sus hombres, que gruñía de dolor a cada segundo. Su cara, distorsionada por la mandíbula rota era una máscara horrible.

El tercer pistolero mostraba un ojo cerrado y oscuro, pero era el que continuaba en mejores condiciones. Empuñaba una pistola y vigilaba al inconsciente Marlowe con evidentes deseos de incrustarle toda la carga en la barriga.

Andros masculló:

—¡Pandilla de inútiles!

Nadie replicó. El se apartó del pistolero, cuya cara dislocada infundía espanto y dijo entre dientes:

—Habrà que buscar un médico... como si no tuviéramos ya bastantes complicaciones.

El del ojo negro murmuró:

—Nos sorprendió, patrón, usted lo vio... Además ese tipo no pelea limpio. Es una bestia golpeando.

—¿Qué esperabas, un *ring* y un árbitro? Si yo tuviera en mi nómina sólo dos tipos como éste podría arrojar a puntapiés a todo el ejército de inútiles que mantengo ahora... ¿Todavía no recobra el conocimiento?

El pistolero sacudió la cabeza de un lado a otro. Durante unos segundos sólo se oyeron los gemidos del que acariciaba su brazo astillado y el continuo jadeo del otro.

Andros juró entre dientes. De un bolsillo sacó una pequeña agenda y buscó algo en ella.

Luego, descolgando el teléfono, habló con un cierto doctor O'Mara y luego colgó.

—¡Despiértalo! —rugió, señalando a Marlowe.

El pistolero dio un respingo. Desapareció en la cocina y cuando regresó lo hizo trayendo un cubo de agua, que arrojó sobre el rostro ensangrentado de Marlowe.

Éste gimió, rezongó y se revolvió en el suelo. Parpadeó y durante unos instantes siguió tumbado. Después, con evidente esfuerzo, logró sentarse en el suelo sosteniendo la cabeza con las dos manos.

Andros dijo:

—Deberías estar muerto, desgraciado.

Marlowe no replicó. Respiraba agitadamente, recobrándose y notando tremendos dolores en todo el cuerpo. Un persistente zumbido resonaba en su cabeza martirizándole de modo incesante.

Andros le descargó un puntapié en un costado del pecho y bufó:

—¡Responde, Marlowe!

Éste rodó otra vez. Luego, se arrastró hasta la pared y, apoyándose en ella, se incorporó hasta quedar sentado.

Sus ojos chispearon con ansias homicidas cuando se posaron en su torturador. —Te mataré, Andros— jadeó—. Juro que te mataré, aunque tenga que salir del infierno para hacerlo.

—Seguro, pero antes hablarás.

—Estás loco.

—Quizá, pero tú fuiste idiota si pensabas salir con bien de esa jugada.

—Todo lo que yo quería era cerrar el trato contigo.

El pistolero rezongó:

—Ya empieza otra vez. Ese tipo está chiflado.

—¡Cierra el pico! —rugió Andros.

Marlowe apoyó la dolorida cabeza en la pared y suspiró:

—Lo has estropeado todo, Andros... Carlo podrá sentirse orgulloso de ti, por todos los diablos...

Andros bufó, lleno de impaciente ira.

—No repetiré más preguntas. Pero te arrancaré la piel a tiras si

no te decides pronto a hablar. Sólo espero que venga un médico de confianza para esos dos inútiles, y después terminaré contigo.

—¿Tú y quién más? Porque tu ejército ha sido diezmado, compadre...

Andros dio un paso hacia él. Logró contenerse con dificultad y, dando media vuelta, fue a sentarse en una silla rústica.

Los gemidos de sus hombres le exasperaban. Les gritó que se callaran y durante unos segundos hubo un completo silencio en la cabaña.

Marlowe cerró los ojos. El dolor era un suplicio sin fin que le enfurecía más y más. Y seguía sin comprender en absoluto lo que estaba sucediendo en un asunto relativamente sencillo.

De pronto rezongó:

—¿Quién fue el que habló conmigo por teléfono desde aquí?

—Ya te dije que... ¡Oh, al infierno con eso! —estalló Andros.

El tiempo transcurría lento y enervante. El pistolero cuyo ojo cerrado había adquirido un llamativo color morado, le vigilaba igual que un halcón. Andros refunfuñaba de vez en cuando, y los otros volvían a gemir de modo continuo.

Al fin alguien llamó a la puerta con los nudillos. Andros se levantó de un brinco y empuñó su propio revólver.

—¿Quién? —Gruñó.

—

O'Hara.

Suspiró, aliviado, y guardó el revólver. Abrió la puerta y un hombrecillo desastrado y sucio entró. Su rostro abotargado y sus ojillos apagados delataban al alcohólico impenitente. Se tambaleó al entrar, mirando a su alrededor con estupefacta expresión.

—Que me muera si pensaba en usted cuando me llamó. Creí que estaba muy lejos de aquí... ¿Qué pasó, una batalla campal?

—Cierra la boca, *doc* —gruñó Andros—. Ocúpese de esos dos y luego largúese.

Tenemos trabajo todavía esta noche.

—Bueno, también éste parece necesitarme —dijo, señalando a Marlowe.

—Olvídelo. Ese tipo sólo necesita un sepulturero. Es como si ya estuviera muerto.

—Oh, bueno... fue solo un comentario.

Desentendiéndose de Marlowe, estuvo trabajando en los otros dos heridos sin cesar de gruñir.

Una hora más tarde suspiró y dijo:

—Listo... ¿Nadie tiene un trago? Estoy seco.

—Beba cuando llegue a su casa. Pero cuidado con o que habla... o ya sabe lo que puede ocurrirle, *doc*.

—¿Le fallé alguna vez en los viejos tiempos?

—Prefiero no pensarlo. ¿Cuánto?

—Lo que quiera. No tengo tarifas establecidas, ahora..., desde que me echaron del colegio de Médicos.

—Está bien. ¿Quinientos?

—Lo que usted quiera, ya sabe...

Se embolsó el dinero, dio un vistazo indiferente hacia Marlowe y salió.

Andros aguardó unos minutos, examinando a sus hombres, cuyos gemidos no habían cesado con la cura. El del brazo roto, rezongó:

—Yo puedo soportarlo, patrón, pero Drum debería ingresar en un hospital, al otro lado de la frontera... Mire su cara.

—¡Condenación, que se muera! No somos una institución benéfica... ¡Tú, levántate! —rugió dirigiéndose a Marlowe.

Guy se recostó contra la pared y se levantó con evidentes dificultades.

—No habrá ningún médico capaz de recomponerte cuando yo termine contigo —farfulló Andros—. Nadie en el mundo habrá muerto tan despacio como tú.

—Estás loco, Andros..., no conseguirás nada con ese sistema.

—Jamás me ha fallado.

—Conmigo será distinto...

El pistolero adelantó un paso.

—Jefe...

—¿Qué te pasa a ti?

—Habría un sistema, creo yo. Los fulanos como ése sólo tienen un punto flaco.

—¿De veras? —se burló Andros—. ¿Cuál, genio?

—La chica.

Marlowe se puso rígido.

Andros soltó una imprecación.

—Eso debió ocurrírseme a mí antes —refunfuñó—. Se me ocurre que si ves a tu chica entre mis manazas, te ablandarás, ¿sí?

—Todavía no la tienes entre tus zarpas, hijo de perra... Andros se enfrentó con el autor de la idea.

—Lárgate, Vic, y tráela. Debe de encontrarse en el hotel ahora, tal vez inquieta por la ausencia de su galán.

—La traeré, jefe, puede estar seguro. Pero tenga cuidado con él entretanto.

Andros sacó otra vez su arma y gruñó:

—No necesitas decirme cómo he de vigilar al tipo.

El pistolero salió, íntimamente aliviado al poder largarse de la proximidad peligrosa de su patrón.

—Veremos qué tal te portas cuando ella esté aquí, Marlowe.

Éste no replicó. Respiraba débilmente, pero sus ojos agudos como cuchillos no cesaban de vigilar al rufián ni un segundo, al tiempo que echaba frecuentes vistazos a los dos matones heridos.

Aprovechó la forzada inmovilidad para reflexionar con más o menos calma. Era incomprensible el comportamiento de aquellos hombres, de los que ya no dudaba eran secuaces de Cario. Pero eso no explicaba su modo de comportarse, y el empeño en ahorrarle trescientos mil dólares sabiendo, o por lo menos debían saberlo, que si la jugada salía mal perdían cinco millones.

Andros le vigilaba recostado en una silla. Había una expresión torva en su semblante pálido. El rufián con la mandíbula rota estaba tendido en la cama, inconsciente y había dejado de lamentarse.

El otro, con el brazo derecho en cabestrillo, jadeaba de dolor, desentendiéndose por completo de cuanto le rodeaba.

Andros gruñó:

—Voy a divertirme mucho con tu chica, desgraciado. Después quizá quieras hablar.

—No lo conseguirás en todos los días de tu vida, a menos que pagues el precio convenido.

Andros dio un respingo y casi se levantó, lívido de coraje.

—¡Eres un sucio bastardo, Marlowe! Me asombra tu cinismo, pero no te servirá esta vez...

Dominado por la ira, se acercó a Marlowe y levantó el revólver para utilizarlo como una maza.

Descargó el golpe con furor incontenible. Marlowe lanzó un

gruñido y saltó a un lado, demostrando que se había recobrado mucho más de lo que había estado simulando.

Al mismo tiempo descargó un mazazo con el puño cerrado. El golpe cazó al pistolero en mitad de la oreja derecha, y Andros creyó que su cabeza estallaba en mil pedazos. Un segundo impacto en la frente le tiró de espaldas antes que pudiera levantar otra vez el revólver. El pistolero del brazo roto saltó fuera de la silla. Se hizo un lío con la mano izquierda para sacar la pistola de la axila del mismo lado. Marlowe se inclinó sobre Andros, le quitó el revólver de la mano inerte y se volvió.

El pistolero había logrado sacar su revólver. Marlowe disparó instintivamente y el hombre dio un salto atrás alcanzado en el estómago.

Marlowe corrió hacia la puerta y salió al exterior. El ruido del disparo había sembrado la alarma en el motel y algunas luces se encendían en las cabañas vecinas.

El aventurero corrió hacia los dos coches aparcados detrás de la cabaña de Andros. Uno de ellos tenía las llaves en el contacto, precaución elemental en los pistoleros por si se les presentaba la necesidad de huir a escape.

Un instante después, Marlowe conducía como un loco en busca de la carretera general, porque sabía que en alguna parte delante de él, un asesino viajaba recto con la misión de capturar a Lois Rider.

CAPÍTULO VIII

Lois oyó la llamada a la puerta y se levantó de un salto. Había pasado las últimas horas debatiéndose en un mar de zozobras por la prolongada ausencia de Marlowe, temiendo que le hubiera sucedido lo peor.

Ahora suspiró, llena de gozo, y ni por un instante se le ocurrió pensar que él poseía una llave de la puerta y que, por consiguiente, no necesitaba llamar.

Abrió, exclamando:

—¡Guy, pensé que...!

Pero el hombre que entró no era Guy Marlowe, sino un individuo con un ojo amoratado y una pistola en la mano.

—No alborotes, paloma, o tendré que hacerte daño —dijo Vic calmamente, cerrando a sus espaldas.

Lois retrocedió, sintiéndose dominada por el pánico.

—¿Quién es usted, qué quiere?

—Vas a acompañarme, nena. Y lo harás sin poner dificultades o esta pistola te hará un feo agujero en tu piel... Y déjame decirte que tienes la piel más linda que he visto en mi vida. Ella se estremeció.

—No comprendo...

—Ni falta que hace. Tu caballero andante está esperándote en un lugar discreto y muy romántico.

Soltó una corta carcajada y movió la pistola.

—Andando —remachó.

—Déjeme que me vista por lo menos...

El la recorrió con la mirada. La muchacha llevaba un salto de cama vaporoso muy impropio para viajar. Vic esbozó una mueca.

—Para mi gusto, estás estupenda vestida así... pero temo que llamarías demasiado la atención. Vístete, pero no esperes que te pierda de vista ni un segundo.

Ella se acercó a la cama, donde estaban sus ropas. Deseaba

preguntar por Marlowe porque presentía que se encontraba en un grave aprieto, pero las voraces miradas de aquel rufián la trastornaban.

Si pudiera sorprenderlo...

Pero no había ni que pensar en ello. Vic se mantenía a distancia, no descuidaba las precauciones.

—Vamos, date prisa —rezongó el pistolero—. No pierdas más tiempo o te llevo tal como estás.

Ni siquiera advirtió que la puerta giraba lenta y silenciosamente, absorto en la contemplación de la muchacha.

Marlowe entró pisando como un tigre. Empuñaba el revólver de Andros y lo utilizó como una maza, golpeando el cráneo del rufián.

La imagen bellísima de Lois se esfumó de las retinas del pistolero cuando el mundo estalló en millones de pedazos para él. Luego, se hundió en un pozo negro que no tenía fin y cuando golpeó la alfombra con la cara estaba ya inconsciente.

El aspecto de Marlowe infundía espanto, lleno de sangre, con el torso desnudo surcado de cortes y sangre seca. Su rostro era una dura máscara en la que la ira se reflejaba igual que las llamas de un incendio.

—¡Guy! —sollozó la muchacha. Se arrojó entre sus brazos y él la estrechó sobre su pecho, sintiendo su duro cuerpo estremecerse entre sus manazas.

—Está bien, pequeña, ya pasó...

—Creí morir cuando ese hombre...

—Olvidalo.

La besó. Ella suspiró, abandonándose entre aquellos brazos que parecían ampararla contra todos los riesgos del mundo.

El la apartó suavemente y trató de sonreír entre la costra de sangre que endurecía sus facciones.

—Vístete, amor..., ese puerco no es digno de verte tan hermosa.

—¿Qué sucedió?

—Es largo de contar. ¡Maldita sea! He tenido que entrar por la puerta del sótano para que nadie me viera así... Anda, cariño, sonríe para que pueda coordinar mis ideas.

Esta vez logró reír, aunque su risa se interrumpió con una mueca de dolor.

—Creo que necesito una buena ducha —refunfuñó—, pero antes

debemos ocuparnos de nuestro amigo.

—¿Está muerto, Guy?

—Supongo que no.

Se inclinó sobre Vic, comprobando que vivía. Se embolsó la pistola del rufián y luego procedió a amarrarlo con su propio cinturón.

Tras esto, entró en el cuarto de baño y estuvo bajo la ducha mucho tiempo, dejando que el agua se llevara la costra de sangre y buena parte del dolor.

Cuando volvió a la habitación, el pistolero gemía hecho un ovillo en el suelo. Lois se había vestido y se mantenía a distancia del amarrado individuo, mirándole con aborrecimiento.

Marlowe se abotonó la camisa, deteniéndose al lado de Vic.

—Ahora los papeles han cambiado, hermano —dijo, como si lo lamentara—. Vas a pasar muy malos ratos antes de ir a reunirse con tus antepasados. —Usted..., usted no puede matarme...

—Dime una sola razón para la cual deba conservarte la vida.

Evidentemente, Vic no encontró ni una razón lo bastante convincente. Sólo susurró:

—Mi vida no le sacaré de ningún apuro...

—Bueno, pero en parte me recompensará por el mal trago que pasé en tus manos.

—No fui yo solo...

—Pero tomaste parte en la fiesta..., recuerdo que hiciste tu parte del trabajo con mucho entusiasmo.

—¡También lo hicieron los demás, maldita sea! No puede vengarse solo en mí...

—Algún que otro ha pagado ya su cuenta. El tipo del brazo roto está muerto, y Andros va a necesitar que le recompongan la cara. En cuanto al otro, no daría ni un centavo por su pellejo. Ese médico hizo una fea chapuza con su mandíbula rota.

—¿De qué cosas horribles estás hablando, Guy? —susurró la muchacha, asustada—. No te metas en esto, querida.

Vic tragó saliva con muchas dificultades. Sentía un duro nudo en la garganta, algo como una pelota que se hubiera estacionado allí de modo permanente. —Mire, podemos hacer un trato usted y yo— jadeó, esperanzado.

—¿Qué clase de trato?

—Cualquiera..., lo que usted diga.

—Eres un pedazo de basura. No se pueden hacer tratos con la basura, camarada.

Se anudó la corbata con inmensa calma. El pistolero, desde el suelo, seguía todos sus movimientos con la mirada desorbitada.

De pronto, Marlowe le descargó un brutal puntapié en la cabeza y Vic creyó morir. Gimiendo y sollozando, trató de rodar a un lado.

—Tú fuiste quien tuvo la brillante idea de cazar a la chica para que tu jefe se divirtiera con ella delante de mis narices, ¿eh? Iba a ser una buena jugada para obligarme a soltar la lengua..., así tendríais la información sin pagar un centavo...

—Yo... yo solo...

—¡Cierra la boca!

La cerró de golpe. Sentía un dolor espantoso en la cabeza, porque primero el culatazo y luego el puntapié habían estado a punto de partírsela por la mitad. Notaba la sangre escurriéndose suavemente por detrás de la oreja.

Lois asistía a la escena terriblemente impresionada. Con voz apenas audible, musitó:

—¿Qué..., qué pensaban hacer conmigo, Guy?

—Algo muy sucio. Y la idea partió de ese pedazo de escoria que tienes a tus pies.

—¡Oh, Guy! ¿Cómo pueden suceder estas cosas?

—No son agradables —reconoció él piadosamente.

Descargó otro patadón que envió al pistolero al otro lado del cuarto dando tumbos. Se quedó allí, acurrucado, doblado sobre sí mismo, lamentándose y gimiendo en todos los tonos.

—¿Qué dices ahora, bastardo? —le espetó Marlowe—. ¿No tienes otra de tus brillantes ideas?

Semiinconsciente, Vic se limitó a quejarse sin responder.

Marlowe empuñó la pistola del caído y con el cañón alborotó los cabellos de su víctima.

—Me gustaría saber de qué color tienes los sesos, compadre..., pero ensuciaríamos la alfombra. La gente del hotel se molestaría conmigo sin la menor duda...

El tipo le miró suplicante. La pistola descendió despacio pasando entre sus ojos desorbitados.

—Levántate.

Lo intentó dos veces y ambas fracasó, volviendo a caer aparatosamente. Marlowe suspiró, disgustado. Le agarró por los cabellos y tiró hacia atrás, obligándole a ponerse en pie.

—Eres un tipo afortunado, camarada —aseguró—. Otro en tu lugar ya estaría muerto. —¿A qué llama usted afortunado?— gimoteó el pistolero.

—A conservar el pellejo.

—¿Quiere decir que no piensa matarme?

—Estoy reconsiderando la cuestión por lo menos.

Lois se acercó a él.

—Guy, deberías llamar a la policía y entregarles ese sujeto.

—¿Policías en este asunto? Nena, no sabes lo que dices.

Resueltamente, desató al rufián y esbozó una mueca.

—Vas a volver al lado de tu amor, camarada —dijo—. Creo que Andros necesitará tu consuelo.

Vic no podía creerlo. Por un instante, pensó que el hercúleo aventurero se disponía a aplicarle la ley de fuga, pero le vio guardar la pistola en un bolsillo y entonces supo que iba a vivir.

Comenzó a retroceder, indeciso. Marlowe ordenó:

—¡Quieto ahí, no hemos terminado todavía!

Se inmovilizó, esperando. El aventurero añadió:

—Le llevarás un mensaje a tu jefe, ¿entendido?

—Sí, lo que usted quiera.

—Dile que tiene veinticuatro horas para depositar los trescientos mil dólares a mi nombre en la administración de este local. Los traerá envueltos en papel fuerte, sin especificar el contenido del paquete, sólo diciendo que debe serme entregado. Eso es todo. Cuando yo tenga el dinero en mi poder cumpliré mi parte del trato, pero sólo entonces. ¿Está claro?

El pistolero asintió con un gesto. En semejantes circunstancias habría jurado sobre la Biblia que estaba dispuesto a ingresar en un convento.

—¿Puedo irme? —susurró.

—Desde luego.

Abrió la puerta y se deslizó fuera, todavía dudando de si estaba vivo o no.

Marlowe cerró con llave y relajó sus músculos.

—Ha sido una maldita noche —refunfuñó—. Una noche

endiabladamente dura...

—Todavía no ha terminado la noche, querido.

Se volvió hacia ella y sonrió.

—No, todavía no ha terminado. Pero ahora ya no será ruda ni mucho menos.

Se abrazaron apretadamente.

Fue una noche tan dulce y romántica como un bello sueño, naturalmente.

CAPÍTULO IX

Marlowe entró en el bar y al instante la mujer gorda se bamboleó a su encuentro.

—¿Se decide al fin? —cacareó, llena de codicia.

Entonces advirtió las señales de la salvaje lucha en el rostro del visitante y frunció el ceño.

—Se metió en dificultades, por lo que veo.

—No lo sabe usted bien, hermana. ¿Dónde tiene ese *whisky* que reserva para los visitantes distinguidos?

No había nadie más en el establecimiento a esa hora temprana. La dueña del bar escanció *whisky* y empujó el vaso hacia Marlowe.

—Alguien está burlándose de usted —dijo éste.

—¿De qué habla?

—Los hombres de Andros me sorprendieron anoche y me llevaron al motel. Pensaban hacer el negocio sin contar con su mediación.

La mujer palideció.

—¡No lo creo! —gimió.

—¿Con quién diablos cree que me peleé anoche? Querían ahorrarse sus cinco mil pavos... y los que debían haberme pagado a mí.

Bebió un sorbo, observando a la mujer con sus ojos agudos. Ella estaba enfureciéndose por instantes.

Para remachar el clavo, añadió:

—Créame, hermana. ¿Cómo, si no, conocería ese motel en las montañas, el lugar en que usted debiera haberme conducido para ganar su parte?

—¡Ese sucio traidor...!

—¿Andros?

Ella asintió con un gesto. Pero de pronto reaccionó y la sorpresa asomó a su mirada.

—¿Cómo pudieron localizarle a usted? Creo que trata de enredarme en algún sucio embrollo.

—Les resultó muy fácil. Se limitaron a vigilarla a usted. Cuando advirtieron mi presencia, se limitaron a seguirme y eso fue todo.

—No podían saber que era usted a quien buscaban. Hablo con muchos hombres al cabo del día.

Marlowe hubo de admitir la lógica de este reconocimiento.

Un tanto perplejo, refunfuñó:

—No pudieron encontrarme de otra manera. A menos que usted me señalara de algún modo.

—¿Cree que soy idiota? No le habría señalado a usted sin haber cobrado mi parte.

Eso es lógico, conociéndola bien.

—Sea como fuere, no cabe duda que su negocio se fue al diablo.

Ella refunfuñó entre dientes. Instintivamente, se sirvió una gran dosis de *whisky* en un vaso y lo engulló en dos sorbos. Tosió y una oleada de color acudió a sus pálidas mejillas.

—Le ajustaré las cuentas a ese sietemesino —prometió.

—Pero continuaré sin cobrar ni un centavo —la acució él.

—Ya lo sé, pero por lo menos me quitaré esa espina...

—Andros es un tipo muy escurridizo. ¿Sabe usted para quién está trabajando?

—¡Naturalmente que lo sé!

Entonces existe un medio de fastidiarle completamente y llevar el negocio a buen fin.

—Dígame cómo.

—Usted debe saber cómo ponerse en contacto directamente con Carlo. Hágalo y propóngale que me reciba en México.

—Usted bromea. Nadie puede entrar en contacto directo con Carlo si él no lo desea.

—Su hermano podía hacerlo.

—Pero Arthur murió, y sólo él sabía cómo hacerlo. No, nada por ese lado. Piense otra cosa.

Él se encogió de hombros.

—Olvidalo. Ésa era mi única sugerencia al respecto.

Apuró el resto del *whisky* y dejó unas monedas sobre el mostrador. Como si sólo entonces recordara el asunto, dijo:

—A propósito... ¿Está segura que no habló con nadie de mí?

—¿Por quién me toma? Eso hubiera significado estropear deliberadamente el negocio. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hay alguien más enterado de mi identidad. Alguien opuesto a la gente de Carlo, probablemente los mismos que asesinaron a Arthur.

Perpleja, ella no replicó. Eso convenció a Marlowe de que la mujer no sabía una palabra sobre la identidad de los misteriosos individuos a los que mentalmente calificaba de «oposición».

Era lo único que había querido comprobar con su visita a la mujer, de manera que abandonó el bar de vuelta al hotel. Pensó que debería ir en busca del Chevrolet alquilado cuando todo estuviera terminado, porque el coche había quedado en el motel. Pero por el momento no deseaba volver a acercarse allí por nada del mundo.

Había abrigado la esperanza de que el dinero estuviera ya depositado en el hotel, pero cuando preguntó le dijeron que no había nada para él. Disgustado, subió a la habitación y tan pronto abrió la puerta se llevó una enorme sorpresa.

Gastón fumaba un enorme cigarro sentado en el borde de la cama, hablando plácidamente con Lois.

—Hola, compañero —cacareó el gigante.

Marlowe cerró la puerta y gruñó:

—¿Qué infiernos haces aquí?

—Me ha costado preguntar en todos los hoteles hasta que te he localizado.

—No te pregunto cómo me encontraste, sino por qué diablos dejaste Roma antes de lo convenido.

—Bueno, estuve pensando el asunto y se me ocurrió que sería un pésimo negocio si algo salía mal y te liquidaban. Antes de que la noticia llegara hasta mí, esos perros tendrían tiempo de esfumarse y entonces podría despedirme de la pasta...

—Eres un mentiroso detestable, compañero. La única razón de que hayas venido, arriesgándote a estropear el asunto, ha sido que desconfiabas que te diera tu parte.

—¡Maldita sea, Marlowe! ¿Por quién me tomas?

—Nos conocemos bien tú y yo.

Lois dijo, sarcástica:

—Me encanta vuestra amistad. Leales y confiados uno del otro, por lo qué veo.

—Ese bastardo no confía ni en su sombra —rezongó Gastón, ofendido.

—¿Te ha contado ella lo que ha sucedido en estos últimos días?

—Algo... No parece que el asunto marche demasiado bien que digamos. ¿Por qué no quiere pagar?

—Maldito si lo sé, aunque tengo algunas ideas al respecto. Una de ellas es que quieren sacarme la información sin abonar un centavo. Otra, que se llevan algún juego sucio entre manos, un juego que me desconcierta. ¿Oíste alguna vez el nombre de Andros?

—¿El está aquí? —saltó el gigante.

—Es quien lleva el mando de la operación.

—Andros se considera la mano derecha de Carlo, Guy.

—Bueno, tuvimos una buena gresca con él y su gente. Me interrogaron de un modo más bien rudo. Pero después, cuando reflexioné sobre su comportamiento, descubrí algo curioso.

—¿Qué cosa?

—Ni una sola vez dijeron que su objetivo era el escondrijo de la fortuna. Siempre se refirieron a la «pasta», o el «paquete», ¿comprendes?

—Sinceramente, muchacho, ni una palabra. ¿Qué encuentras de extraño en eso?

—Bueno, no es nada en concreto, pero era como si creyera que era yo quien tenía en las manos los cinco millones de machacantes.

—Teóricamente es así, desde su punto de vista.

—No se tortura a un tipo sólo por una simple teoría.

Gastón gruñó igual que un oso disgustado. Mordisqueó la húmeda punta del cigarro antes de aventurar:

—Quizá si fuéramos tú y yo a tratar con ese Andros, y nos mostráramos un poco rudos, entraría en razón.

—Tal como están las cosas, debemos esperar. Le di veinticuatro horas para decidir si pagaba o no.

—¿Y qué crees que decidirá al fin?

—No puede uno aventurarse con ese individuo. Imagino que consultará con Cario antes de adoptar una determinación. A estas horas ya sabe que no puede seguir jugando conmigo.

—Y menos ahora que estamos juntos —el gigante arrojó los maltrechos restos del puro por la ventana y se levantó—. He tomado una habitación en este mismo hotel. Voy a ocuparme de

que trasladen mi equipaje desde el aeropuerto y luego tal vez convenga hacer una visita a Andros de todos modos.

—Quizá sí. En cuanto a tu equipaje, telefonea al aeropuerto y te lo enviarán.

—Diablos, no. Tú sabes que mis maletas tienen algunos trucos muy ingeniosos. No me gustaría que los descubrieran por accidente. Iré personalmente a buscarlas.

—Como quieras. Si no ocurre nada entretanto, me encontrarás aquí cuando vuelvas. Gastón hizo un alegre gesto de despedida y se fue.

Lois murmuró:

—¿Cuándo acabará todo esto de una vez, querido?

—No puedo saberlo. Es algo que no depende únicamente de mí. Tal vez Andros se decida a pagar y entonces todo será fácil y rápido.

—¿Y luego, Guy?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando hayas cobrado...

Bueno, tendré ciento cincuenta mil dólares.

—¿Y...?

—Estás muy misteriosa esta mañana. ¿Qué quieres concretamente?

—Cuando tengas todo ese dinero, ¿qué harás?

El sonrió al comprender.

—Bueno, buscaré una chica y creo que sentaré la cabeza.

—¿Otra, querido?

—¿Cómo otra?

—Ya tienes una chica. El se echó a reír.

—Sí —dijo—. Ya tengo una chica.

—¿Entonces...?

—¿Te gustaría una vida tranquila en algún rincón pacífico y tranquilo del mundo?

—¡Ya lo creo!

—Pensaremos en ello, primor.

Se disponía a abrazarla porque aquellos labios rojos y acogedores le tentaban, cuando el teléfono campanilleó estropeando sus intenciones.

CAPÍTULO X

Sin duda era la voz de Andros la que escuchó.

—¿Es usted Marlowe? —indagó el pistolero.

—Lo era la última vez que me miré al espejo.

—Recibí su recado por medio de Vic. —Ha tardado mucho en decidirse.

—Sí.

—¿Y bien?

—Todo esto es muy extraño.

—¿Qué infiernos encuentra usted de extraño? Se hizo un trato y usted no lo respetó.

Todo lo que quiero es que usted cumpla su parte y yo cumpliré la mía.

—¿Y nos dirá dónde están los cinco millones?

—Exactamente.

—¿Para que encontremos el escondite vacío?

Marlowe enarcó una ceja.

—¿Vacío? —refunfuñó—. ¿Quién puede haberlo vaciado?

—Usted, por supuesto.

—Está loco, Andros.

—Usted está loco si piensa que puede seguir adelante con su historia. Cualquier tipo sensato se daría por satisfecho con lo que le ofrecimos...

—No quiero otra cosa.

Escuchó perfectamente un suspiro al otro lado del hilo.

—Voy a seguirle el juego, Marlowe —dijo—. Pero déjeme decirle algo más.

—Adelante, le escucho.

—Acaba de llegar un grupo de amigos míos procedentes de México. Han sido enviados por quien usted sabe con instrucciones concretas.

—Lo creo.

—Quiero decirle con eso que si juega su parte de un modo sucio, ni usted ni su amiguita encontrarán un lugar saludable en todo el mundo.

—Ya lo sé. ¿Por qué demonios cree que quiero cerrar el trato según las condiciones establecidas de antemano?

—No lo entiendo —refunfuñó Andros—. Personalmente, creo que usted tiene la fortuna en su poder, pero he recibido órdenes de seguirle el juego hasta el final y lo haré. Voy a mandar un paquete a su hotel.

—Quien sea que lo traiga, dígame que venga en mi coche. Las llaves quedaron en el contacto.

—Conforme. Y no olvide al grupo de amigos míos que acaban de llegar.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Marlowe depositó el auricular en la horquilla y refunfuñó entre dientes.

—Me pregunto de dónde habrá sacado esa estúpida idea...

—¿Qué idea? —preguntó Lois.

El se volvió.

Andros cree que yo saqué los cinco millones de su escondrijo, y que no satisfecho con eso, ahora quiero embolsarme trescientos mil pavos más... Y dice que ha recibido nuevos refuerzos. Creo que comprobaré eso, por lo menos.

—¿De qué modo?

—Gastón ha ido al aeropuerto. Llamaré a la oficina de equipajes para que le digan que me telefonee en cuanto llegue allí. El podrá averiguar si ha llegado un grupo de ciudadanos norteamericanos residentes habitualmente en México. El hecho de ser residentes en un país extranjero les distinguirá de los simples turistas.

Descolgó el teléfono y pidió a la telefonista que le comunicara con el aeropuerto. Mientras esperaba, dijo:

—Por si te interesa, nena, los trescientos mil machacantes están en camino. La mitad es nuestra y con ella podremos buscar ese lugar de ensueño de que hablábamos antes...

Ella sonrió. Marlowe dejó de mirarla cuando la comunicación con el despacho de equipajes del aeropuerto estuvo establecida.

—¿Qué podemos hacer por usted? —indagó una voz aburrida.

—Ustedes tienen un equipaje a nombre de Gastón Venaire en custodia...

—Un momento. —¡No, aguarde!

Pero nadie le respondió. Entre dientes, gruñó:

—Ese idiota se ha creído que iba a reclamar el equipaje.

Unos instantes después, la voz dijo:

—Ese equipaje no está aquí, señor...

—Bueno, lo que quería decirle...

De nuevo el encargado de la oficina le atajó diciendo:

—El equipaje de ese caballero fue despachado normalmente cuando llegó hace cuatro días.

Marlowe se quedó mudo. Luego balbuceó:

—¿Está seguro?

—Naturalmente. Tengo todos los volantes en regla, incluso el del modo que lo llevó a su destino con una camioneta de alquiler.

—Me sorprende mucho... ¡Un momento! —¿Sí, señor?

—¿Consta en ese volante la dirección a la que fue llevado el equipaje?

—Ciertamente, señor. ¿Qué ocurre? ¿Hay alguna irregularidad?

—No, por supuesto que no, sólo un pequeño error. ¿Puede darme las señas del destino de ese equipaje?

—Seguro, tome nota.

Marlowe memorizó las señas y dio las gracias maquinalmente, colgando seguidamente. Intrigada, Lois indagó:

—¿Qué te dijeron?

—¡Cállate!

—¡Guy!

El esbozó un gesto impreciso. Su mente era un caos y reflexionaba desesperadamente tratando de alejar la terrible sospecha que se abría paso entre el alud de ideas.

Gastón le había mentado. No era cierto que hubiese llegado apenas unas horas antes y que su equipaje estuviera aún en el aeropuerto. Eso había sido una excusa para abandonar la habitación solamente.

En realidad, debió llegar a Corona del Mar casi pisándoles los talones a él, en el siguiente vuelo procedente de Roma.

Sus dientes rechinaron con furia implacable.

—Voy a salir —gruñó de pronto, levantándose.

—Guy, dime qué sucede.

—No puedo hablar de algo que ni siquiera estoy seguro. Pero quiero que hagas algo por mí.

—Sí, querido.

—Sal del hotel tan pronto yo me haya ido. Alquila un taxi y ordena al chófer que te lleve a ver los alrededores de la ciudad, o haz cualquier cosa que te aleje del centro durante unas horas. Y cuando regreses, telefona antes de venir al hotel. Si no te respondo yo personalmente, sigue manteniéndote lejos de aquí. —Pero ¿por qué todo eso, amor?

—Hazlo y no preguntes. Y si ves a Gastón, esquivale.

—¡Gastón! —exclamó ella—. Tú crees que él...

—Está bien, es sólo una sospecha por el momento. Por lo que más quieras...

—Que eres tú —le interrumpió ella.

—Eso me llena de satisfacción. Entonces, hazlo por mí. Esfúmate de estos contornos.

—Lo haré, Guy, querido.

La besó casi desesperadamente. Luego, dio media vuelta y salió.

Bajó al vestíbulo como una tormenta agitándose en su interior. De pronto se detuvo al reconocer al hombre que se alejaba del mostrador de recepción.

—¡Vic! —exclamó.

El pistolero se volvió en redondo. Su ojo amoratado tenía mejor aspecto que la noche anterior.

—¿Has traído algo para mí, compañero?

—Un paquete. Y su coche. Las llaves están junto al encargo.

—Estupendo. Dile a Andros que yo le llamaré antes de la noche y el asunto quedará resuelto.

—Le conviene hacerlo, Marlowe. —Y se largó.

El aventurero se acercó al mostrador. El recepcionista sonrió obsequioso y colocó un paquete cuadrado ante él.

—¿Va a llevárselo ahora, señor Marlowe?

—No, aunque deposítelo en la caja fuerte del hotel hasta que lo necesite.

—Por supuesto, señor.

El empleado firmó sobre el envoltorio, luego repitió su firma en un pequeño volante anaranjado y se lo entregó junto con las llaves

del coche.

Marlowe salió a la calle. Vio su coche a alguna distancia y se encaminó a él, pero esta vez no se confió. Lo abrió, examinando su interior. Estaba vacío.

Levantó el capó y reconoció pulgada a pulgada las entrañas del motor sin encontrar tampoco nada sospechoso.

En el portaequipajes sus pesquisas fueron igualmente inútiles, y lo mismo el examen que se extendió debajo de sus asientos.

Una vez convencido de que no había ningún explosivo en el coche, lo puso en movimiento y emprendió la marcha en la dirección que le diera el empleado del despacho de equipajes.

CAPÍTULO XI

Era un edificio sorprendente. Tenía alguna semejanza con una vieja residencia inglesa de un siglo atrás y estaba construido con piedra. Los ventanales emplomados parecían los de una catedral.

Observándolo a distancia y comprobando el enorme tamaño de aquella monstruosidad arquitectónica, Marlowe se preguntó cómo entrar sin llamar a la puerta.

Hubo de reconocer finalmente que eso era prácticamente imposible, y en pleno día más aún. No había más solución que dar la cara y en el momento de las dificultades golpear de nuevo.

Avanzó por la acera y al mismo tiempo trasladó la pistola al bolsillo derecho de la americana. Ya no abandonó la fría culata en todo el corto recorrido, y cuando llamó a la puerta, el metal del arma ya no estaba frío.

Se apartó un poco, a fin de que quien fuera que acudiese a abrir no pudiera observarle desde la mirilla.

La espera fue breve. Oyó rumor al otro lado de la recia madera y escuchó el chasquido de la mirilla al descorrerse. Tras unos cortos instantes, la puerta se abrió y un hombre apareció en ella.

Marlowe contuvo un gruñido de satisfacción y amargura a un tiempo.

Aqué! era uno de los dos asesinos que habían matado al pobre Arthur y que él viera salir de la casa apenas cometido el crimen. El otro fue muerto por sus propios cómplices en un callejón oscuro.

El hombre reconoció al mismo tiempo que Marlowe daba un paso hacia él.

—Tienes una pistola apuntada a tu barriga, amigo —le advirtió—. Si sabes lo que te conviene mantendrás la boca cerrada.

En realidad, el pistolero tenía la boca abierta y no la cerró hasta que Marlowe lo empujó, colándose en el interior.

—¿Dónde está tu patrón?

El hombre reaccionó.

—¡Oiga! ¿Qué diablos se propone, un asalto?

—Ni más ni menos.

Sacó la mano del bolsillo armada con la pistola. Con un rápido movimiento, Marlowe le golpeó en la frente con el cañón del arma y el criminal cayó de espaldas.

Marlowe cerró la puerta y miró el enorme vestíbulo en que se encontraba. Había algunos grandes cuadros en los muros, unos tapices flanqueando las puertas, y una amplia escalera que se encaramaba al piso superior.

Fue desde arriba desde donde alguien preguntó:

—¿Quién era, Rob, un maldito vendedor?

Al mismo tiempo, un individuo empezó a bajar los primeros peldaños, deteniéndose en seco al ver a Marlowe y a su compinche derribado.

—¡Condenación! —rugió.

Dio un salto atrás al tiempo que sacaba un revólver. Marlowe ya sabía a qué atenerse.

Levantó la pistola y disparó sin titubear.

El pistolero lanzó un agudo alarido y se derrumbó escaleras abajo con estrépito.

Sonaron voces en el piso superior. El instinto luchador del aventurero despertó con todo su ímpetu y se lanzó escaleras arriba como un toro enfurecido, sabiendo que si aguardaba un segundo más ya no tendría oportunidad de subir.

Y era allá arriba donde estaban los hombres que debía eliminar para llegar al gigante que le había traicionado, utilizándole para sus fines.

Una bala zumbó junto a su cuello cuando asomó al rellano. Se zambulló de cabeza disparando dos veces en rápida sucesión.

El hombre saltó en mitad del pasillo empujado por los proyectiles. Tras él, había una armadura impresionante y el pistolero golpeó contra ella al caer, derribándola con un formidable estrépito de hierros desparramándose como una catarata.

Marlowe revivió otras muchas ocasiones, en diferentes países, donde su vida dependió de su celeridad y determinación. Era un guerrero profesional, un luchador entrenado en las más duras escuelas.

Saltó hacia adelante. Un tipo asomó por una puerta y él le metió una bala en plena cara.

Desde otro lugar del fondo alguien disparó alocadamente y él se tiró de bruces en mitad del pasillo, no lejos del pistolero y los diferentes fragmentos de la armadura. Su pecho golpeó una maza de guerra erizada de agudas puntas de hierro y lanzó un gruñido de dolor, rodando a un costado, la maza que la armadura había sostenido acababa de rasgarle las ropas y la carne y sintió la sangre deslizante, caliente en medio del dolor.

De nuevo, un arma retumbó y la bala hizo saltar el yelmo de hierro, que sonó como una campana a un palmo de su cara.

Marlowe se arrastró, disparando dos veces instintivamente, sólo para mantener oculto al pistolero.

Luego, se levantó y corrió como un rayo por el pasillo hasta alcanzar el recodo.

El tirador asomó y se llevó un susto de muerte al encontrarse a Marlowe a menos de dos pasos. Jamás salió de su estupor, porque una bala certera le envió al mundo de los muertos sin apenas darse cuenta.

—¡Gastón! —rugió Marlowe—. ¡No te ocultes como una rata!

Se aplastó contra la pared, conteniendo el aliento. Durante unos instantes reinó un absoluto silencio en el enorme caserón.

Después, escuchó un leve rumor en las escaleras. Comprendió que el pistolero que dejara inconsciente en el vestíbulo acudía a la lucha y rechinó los dientes.

El asesino de Arthur asomó con infinitas precauciones. Oculto en un recodo, Marlowe esperó con los nervios tensos.

El tipo, con un revólver de gran calibre en la mano, se decidió a avanzar un paso más. La pistola del aventurero rugió mandándole dos balas casi simultáneas que lo empujaron dando traspiés hasta que se precipitó por las escaleras, rebotando como una pelota.

—¡Gastón! —bramó Marlowe, enfurecido.

De alguna parte surgió la voz del gigante, burlona y dura:

—¡Te has metido en una ratonera, compañero!

—¡Eres un cerdo, Gastón! Bien es verdad que siempre lo fuiste...

Sonó una carcajada y luego la voz de su ahora enemigo cacareó:

—¡Eres un necio, Marlowe!

—Lo fui cuando confié en ti. Pero eso queda atrás. Asoma las

narices para que pueda matarte como un perro rabioso que eres.

—Creo que no podrás hacerlo.

Una puerta se abrió al fondo del recodo y el gigante apareció tranquilo y riendo. Llevaba un revólver en la mano, pero no apuntaba ni a Marlowe ni a ninguna parte determinada.

—Te dije que eras un necio, camarada...

Marlowe apretó el gatillo.

Sonó un chasquido y no sucedió nada. Gastón rugió lleno de sarcasmo.

—¡Necio! Has disparado nueve veces..., conté los disparos, idiota. Una automática de ese calibre no puede cargar más de nueve cartuchos, así que ahora voy a matarte, aunque eso me complique un poco las cosas.

Marlowe rechinó los dientes, furioso, sacudido por oleadas de ira.

—Jamás luchaste cara a cara —dijo—. Sabía que eras un ventajista cuando te encontré, pero por algún extraño milagro se me ocurrió confiar en ti.

—Bueno, fui más listo que tú, eso es todo. No me gusta matarte, créeme.

—Apuesto a que llevarás luto todo el resto de tu sucia vida.

—Mi dolor por ti no llegará a tanto —rió burlón—. Te repito que detesto liquidarte ahora, porque sin ti apenas habré adelantado nada en el plan que me había trazado.

El gigante avanzó unos pasos y se detuvo de nuevo, al ver que Marlowe retrocedía pegado a la pared.

—No hagas el ridículo —rió—. Nunca podrás ser más rápido que una bala.

Marlowe sabía que aquello era el final. Dejó caer la inútil automática y gruñó un juramento.

—Me utilizaste tratando de engañar a Carlo, ¿no es cierto?

—Seguro. Arreglé las cosas para que él creyera que tú me habías dejado de lado para quedarte con los cinco millones tú solito.

—Por eso, Andros ni siquiera me preguntó por el escondite, sino que quería que le dijera dónde tenía yo el gran paquete... Arreglaste muy bien, hijo de perra... Mataste a Arthur para sembrar la duda en Andros. El podía pensar que había sido yo quien lo liquidó, para eliminar al único tipo que podía saber mi identidad...

Pero cometiste un error, puerco. Arthur tenía una hermana, tan codiciosa como un *shilok*. Sospeché parte de esta broma cuando uno de tus pistoleros a sueldo me telefoneó fingiéndose Andros..., el tipo no sabía una palabra de la gorda dama.

—Ya veo...

—Te impacientaba que la cosa se prolongara tanto, ¿eh?

Gastón asintió. Parecía haber perdido las ganas de reír.

Marlowe añadió:

—Te llevaste los cinco millones y me ofreciste a mí como carnada; así, Carlo, si yo moría, daría por perdida su fortuna. Una brillante idea.

—Sigue siendo una buena idea, aunque el dinero sigue en el escondrijo todavía. No me atreví a tocarlo hasta que el asunto quedara zanjado..., porque en última instancia me quedaba el recurso de vender el secreto y conformarme con los trescientos mil.

—Bien planeado —rezongó Marlowe, ganando tiempo desesperadamente.

—Nada de planeamiento. Todo fue improvisado en el mismo instante en que te encontré en Roma. La idea brotó como un disparo... Quizá por eso había algunas fallas en el plan. Demasiado precipitado.

—Y ahora vas a matarme.

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Creo que no, Gastón.

—Tú y yo somos de la misma clase, muchacho. Ya quedan pocos como nosotros en el mundo y es una lástima. Gentes de nuestro temple son los que dan aliciente a la vida y a la muerte.

—Ni siquiera hay una buena guerra en la que enrolarse.

—Sólo nuestra pequeña guerra particular, que para ti termina ahora mismo.

El revólver se elevó una fracción de pulgada. El dedo se tensó sobre el gatillo.

—Bueno, Marlowe, esto se acabó.

—Sí.

Marlowe calculó el tiempo hasta el último segundo mortal. Dio un tremendo salto atrás cuando Gastón disparó. La bala pegó exactamente en el lugar que había ocupado una fracción de segundo antes, pero él ya estaba doblando el recodo y corría por el

pasillo.

Gastón rió al echar a correr a su vez.

—¡No irás muy lejos, camarada! —rugió, plantándose en la embocadura del pasillo.

Disparó nuevamente cuando Marlowe se zambullía de cabeza al suelo. Falló, pero ya no había otra oportunidad para su víctima.

Avanzó cautelosamente, riendo entre dientes.

—Has hecho lo que has podido por tu parte, muchacho —reconoció el gigante—. Siempre dije que eras el mejor del grupo en ese aspecto, pero ahora se acabaron tus probabilidades.

Marlowe sentóse en el suelo, con las manos apoyadas más atrás. Sintió el sólido contacto del hierro entre sus dedos y se estremeció. Aquello era la empuñadura de la maza del guerrero desmontado que le hiriera antes. Del sólido muñón de hierro partía la cadena en cuyo extremo había la pesada bola erizada de largos clavos, agudos como puñales.

—Tú ganas, Gastón —reconoció—. Alguna vez había de sucederme algo semejante..., sólo que hazlo bien, ¿entiendes? Nosotros no podemos hacer trabajos chapuceros en estos asuntos.

—Seguro, camarada. Ni siquiera sentirás nada.

Levantó un poco la mirada del revólver y esta vez se dispuso a apuntar cuidadosamente.

Y de nuevo Marlowe se movió con la celeridad del rayo. Volteó el cuerpo y el brazo al mismo tiempo, y al extremo del brazo estaba la maza, y ésta voló como una bala de cañón y se estrelló contra la cara de Gastón.

Éste disparó instintivamente, pero el estruendo del disparo quedó ahogado por el alarido que profirió cuando la bola de hierro le hundió el rostro y casi le arrancó la cabeza de cuajo.

Y eso fue todo. Cayó de espaldas, manoteó unos instantes, todavía empuñando el revólver, y luego quedó inerte.

En los oídos de Marlowe continuaba el horrible aullido de dolor y de muerte cuando se levantó y fue hacia el cuerpo inmóvil. De un puntapié arrancó el revólver de la crispada mano de Gastón.

Marlowe dijo:

—Muchacho, es cierto que quedamos pocos de nosotros... Ahora hay uno menos. Debiste conformarte con ciento cincuenta mil pavos y todavía estarías vivo...

Apartó la mirada de lo que una vez fuera un rostro y anduvo pesadamente hacia la salida. Sólo cuando advirtió el terrible silencio que reinaba, comprendió que las gruesas paredes habían ahogado los estampidos de tal forma que nadie los había escuchado.

Salió a la calle, al sol que caía como plomo derretido, y se alejó en busca de Lois..., de trescientos mil dólares que ahora eran suyos, y de una vida nueva.

El dinero y Lois estaban en su mano.

La vida se abría ante él y eso era cuanto deseaba. Avivó el paso y ya sólo pensó en Lois.

FIN



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

